



Cartas que lleva el viento

José Luis Sánchez Escribano

*Quisiera ser pájaro y volar
Y surcando los aires, salvando las corrientes y las distancias, llegar hasta tí.
Y besarte una vez.
Y por fin, amar.*

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el núm. M003978/2006

Cartas que lleva el viento

Este libro, esta historia, está escrita con la idea de desarrollarlo como guión de cine, de ahí la secuenciación que se da a la historia pues, como si el propio guión fuera, sigue los pasos de lo que el autor entiende que debe ser la película.

Por tanto, solo falta añadirle los datos del guión técnico amén de desarrollar algunos diálogos y escenas colaterales pues los principales ya están contenidos en la historia.

Y la historia, como tal, tiene sus tintes de realidad, pues muchos de sus momentos y personajes son reales, han ocurrido. Otros no, claro, porque el autor tiene derecho (según creo) a florear un poco su historia.

José Luís Sánchez Escribano



Primera edición: mayo de 2005

Diseño y ©: www.joelius.com

© José Luís Sánchez Escribano

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el núm. M003978/2006

Prólogo

Todos tenemos sueños. Todos soñamos. A veces es difícil saber dónde está la línea que separa los sueños de la realidad. A veces los sueños son... solo sueños. A veces los sueños se hacen realidad. ¿Son los sueños nuestros deseos más íntimos? ¿Son, acaso, fruto de nuestras frustraciones? ¿O son propuestas de realización futura? En cualquier caso, soñamos. Unas veces dormidos, otros a duermevela y otros despiertos, completamente consciente de nuestros sueños.

Si “leyéramos” los sueños de cualquier persona, éstos nos contarían una historia. Incomprensible tal vez, dado la forma idealista y surrealista en que a veces se presentan, pero una historia que nos daría a conocer mucho de esa persona en concreto, de sus fobias y filias, de sus miedos y anhelos.

Este relato es la historia de unos soñadores que escribían sus sueños al viento, quizá con la secreta intención de que éste, como conocedor absoluto del mundo físico que nos rodea ya que se mete por cualquier rendija, los llevara a su destino, destino que sus remitentes desconocían. Sabían lo que querían y a que tipo de persona o lugar querían que llegaran, pero no sabían dónde estaba esa persona o lugar. Por eso escribían al viento. Letras invisibles movidas por los alisios, por huracanes y ciclones, por brisas y corrientes que recorrerían todo el mundo conocido hasta encontrar a su destinatario.

¿Sabría éste, identificaría que esas cartas, esas letras envueltas en brisa o huracanadas estaban dirigidas a él? Esa es la clave de todo lo que hacemos en la vida. A veces muchas cosas de las que nos sentimos orgullosos no reciben el aprecio que esperamos; nuestros amores más desinteresados, a veces, resultan ignorados, cuando no, despreciados; y nuestro esfuerzo y trabajo no es comprendido y valorado y todo nuestro transitar por la vida queda en un fugaz paseo por la nada. No siempre es así, pero sí las más de las veces, así que hay que ser muy tenaz para que nuestra realidad sea conocida y valorada como se merece.

Personajes

Ella. Alicia, nació finalizando la década de los cincuenta y pasó su infancia, juventud y gran parte de su edad adulta en una isla, pues no le fue posible traspasar aquellos límites que imponía la naturaleza, tierra y mar la encerraban en una preciosa jaula natural, ya que su maltrecha economía familiar y su procedencia o cuna, pues la cuna marca, no le permitían el lujo de viajar.

Su pequeño mundo se circunscribía a su pobre barrio, La Islita, cercano por un lado al puerto de mercancías y al trapicheo que allí se organiza con zona de putas incluida y por otro, a la playa, que éste sí que era su pequeño lujo pues, afortunadamente, resultaba gratis pasear y disfrutar del sol, la fina arena y las claras aguas marinas que la bañan. Era un barrio rodeado de áreas de pobreza y gente de mal vivir, aunque ella era afortunada de que su familia tuviera una pequeña casita en la zona más normal del barrio, con colegio y todo, que no es poco pedir para una zona marginal. Su isla estaba enclavada en un archipiélago de islas afortunadas por su climatología y belleza, islas que ella no conocía ya que, por no conocer, no conocía ni muchos de los lugares de su bonita ciudad. Economía precaria, le llaman.

Sí, vivía modestamente. Acudió a clases regulares en un colegio público mientras era muy niña pues, cuando creció un poco, desde sus doce o trece añitos, ya tuvo que ayudar con su trabajo a mejorar en lo posible la economía familiar. Y era feliz pero...

Soñaba. Soñaba con poder entrar en aquellos locales lujosos que se ofrecían al turismo, aquellos hoteles, aquellos restaurantes, discotecas, lugares hechos para el placer y el ocio. Soñaba con viajar, con conocer su isla, las islas de su entorno, con conocer mundo y otras gentes pues ella decía que los miles de turistas que visitaban su ciudad, aquella isla y sus playas, no eran las mismas personas si se las encontraba en su medio, en su país, en su trabajo. Ella quería conocerlas en su ambiente, no de turistas, ya que todos los turistas parecen iguales. Y como soñaba, imaginaba como eran esos países, esos lugares que ella sólo conocía por los libros, o por esas personas de visita, esos turistas que ella al verlos en la playa o paseando por la ciudad, los vestía con traje de ejecutivo, o de hombre de negocios, o de dama de alta cuna, según su momento e imaginación.

Aunque no pudo cursar estudios universitarios ni tuvo acceso a una formación profesional de importancia, ella sabía mucho a través de los libros, de lo que la rodeaba, de su intuición. Tenía, digamos, una “basta” cultura hecha a la medida de sus posibilidades.

Alicia hoy, madre de dos hijas ya mayores, Yasmina y Esther, con un matrimonio transitando por la rutina de unas relaciones en las que hace tiempo se apagó el fuego de la pasión, si es que la hubo alguna vez, caminando hacia los cuarenta y siete años, aunque por su juvenil cara se podría decir que era solo una “treintañera”, ha tenido la suerte llegar justo a ese lugar que un día lejano describió con todo detalle y al que ha llegado por pura casualidad: un viaje de esos organizados en el que varios matrimonios amigos se “forzaron” a realizar. Cuando ella empezó a descubrir aquel lugar, de inmediato lo reconoció como “su lugar soñado”. Lo tenía idealizado, descrito, escrito y olvidado en el recuerdo y hoy, nada más llegar, lo presintió y lo reconoció como el que tenía fijado en su memoria. Es como si ya hubiera estado allí antes. Por eso se adentró como atraída por un impulso interior por los jardines y espacios abiertos de aquel hotel que no era el suyo pero, si este es el lugar ¿dónde estará él? Porque si las casualidades existen, también puede existir el destino, ese libro escrito de antemano con la historia de

cada uno y, por tanto, él tiene que estar aquí, esperándome en algún lugar, en... ¿dónde nos encontramos en el sueño, que no recuerdo...?

Perdón, señora. Iba distraído y...

Él. Alejandro, nacido en el medio rural, una aldea sin nombre pues sólo se identificaba por el departamento sur, o Sur de la Vega, pueblo del interior peninsular, en medio de enormes extensiones de campiñas y viñedos dedicado en su mayor parte a la agricultura y la ganadería, aunque sin saber porqué, a él gustaba mucho la artesanía y todo lo que tenía que ver con los trabajos artesanos. ¿Quizá porque sus juguetes se los tenía que fabricar él si quería tener algo con qué jugar? Se aprende mucho de la necesidad.

Cursó estudios primarios en los colegios públicos. Pero había que trabajar. Así que compaginando trabajo y estudios, con un gran esfuerzo personal, su empeño por aprender le llevó a obtener primero, una titulación equivalente al bachillerato, y más tarde, una cualificación profesional equivalente a la universitaria que le llevaría a tener éxito en el mundo de la empresa y de los negocios. Aunque a él le hubiera gustado lucir una titulación universitaria, estaba satisfecho de su nivel de estudios y conocimientos. De niño quería ser médico, quizá militar, futbolista o alguien importante en el arte o casarse con una mujer guapa y rica, en fin, entonces no sabía definir muy bien sus preferencias. Le gustaba leer, aprender, saber, conocer, sí, pero también soñaba y eran esos sueños los que le arrastraban a buscar, a ir, a conocer, a relacionarse, a leer. Escribía, dibujaba, pintaba sueños. Pero sus palabras se perdían en la nada, sus sueños iban al vacío, sus escritos acababan en... el baúl de los recuerdos.

Y sí, era un poco aventurero pues en cuanto podía, en cuanto tenía unos ahorrillos en el bolsillo salía de su entorno inmediato. El recorrió los pueblos vecinos, más tarde visitó ciudades más o menos próximas llegando en algún momento de su vida a acumular muchos viajes al mes, ya fuera por negocios o placer. Le gustaba viajar más o menos en forma concéntrica a su punto de partida, su casa, e ir ampliando cada vez más su conocimiento del mundo que le rodeaba y que le fascinaba. Prefería no aventurarse en viajes largos en tanto no conociera mejor su entorno más cercano.

Se despidió de la casa familiar a sus veintitrés años, cuando ya su aportación a la modesta economía familiar no era tan imprescindible. Liberado, pues, del compromiso compartido por todos en su casa de hacer lo posible por tener la mejor forma de vida para la familia, inició su aventura personal que consistía en conseguir abrirse camino por sí solo en la vida, al igual que antes lo hicieran sus abuelos, tíos, padre, etc.,

Hoy, a sus cincuenta y cinco años bien conservados, en su acompañada soledad de siempre como él suele decir, contemplando con tranquilidad la vida ya que sus hijos y nietos gozan de un buen bienestar económico, liberado de negocios y de trabajo, dedica su tiempo a hacer aquello que más le gusta, esto es, viajar, leer, escribir, aprender, conocer y disfrutar de aquellas pequeñas cosas que nos ofrece la vida, pues para él un paseo por el campo puede resultar el mayor disfrute y goce para el cuerpo y la mente o un simple y sencillo plato de huevos rotos, puede resultar el más exquisito de los manjares para el paladar.

Y en ese caminar por la vida se encontraba allí, en ese lugar, en ese hotel al que ya fue otras veces, a ése lugar familiar pues lo había recreado en sus sueños y vivido de forma real, pero en el que nunca había encontrado aquello que soñaba. Volvía de tanto en tanto, al mismo lugar, con tanta frecuencia que parecía que era su espacio personal en este planeta. Y...

Historia

El Encuentro

El/ Perdón, señora. Iba distraído y...

Ella/ No ha sido nada, descuide....

Sus miradas incrédulas, profundas, de asombro, casi asustadas, sorprendidas, misteriosas... Esos ojos... Ese cabello... Esas canas... Esas pupilas... Esos labios... Esa sonrisa...

Los jardines de aquel paradisíaco hotel en Capri, con una suave y agradable brisa mediterránea que llenaba los pulmones de vida, entre el murmullo de los relajados turistas que pasaban la tarde tomando unas copas, charlando y preparándose para una apetitosa cena seguida de otras copas tranquilas, charla, tranquilidad... vida. Allí, en ese lugar, se produjo el encuentro. Algunas palmeras, arriates de flores primaverales, prunos y jazmines, una fuente que parecía mágica y luces que parecían estrellas bajo un cielo anaranjado que desprendía los últimos y cálidos rayos del sol que cruzaban y llegaban a tierra a través de esponjosas nubes, fueron los testigos del leve tropiezo entre dos despistados soñadores que más que andar, levitaban por aquel espacio.

¿Qué le hizo a ella entrar en ese hotel, precisamente en ese?, es decir, en los jardines de un hotel que parecía tener un embrujo especial. Su mirada recorría el recinto sin saber que hacía, sólo recreándose en el lugar... ¿Qué hacía ella allí? Y ahora...

El/ ¿Nos... conocemos?

Ella/ Pues... no creo, ya que es la primera vez que yo vengo a este lugar y...

El/ Sí, sí, nos conocemos. Porque esos ojos... Habrá sido en algún otro sitio.

Ella/ Pues... no sé, yo he salido poco de mi tierra y...

El/ ¿De dónde eres? Puedo tutearte ¿no?

Ella/ Sí, claro. Es que yo... ¡uff!

Por el pensamiento de Alicia pasan en cuestión de segundos cientos de imágenes de sus sueños, de sus cartas al vacío, de sus poemas destinados a él, a ese desconocido que... ¡Oh, Dios!, sí, está segura: ¡Tiene que ser él! ¿Será posible? ¿Será posible que un sueño se convierta en realidad? Se restriega los ojos como si quisiera despertar del sueño, pues esto es un sueño o...

El/ ¿Te pasa algo?

Ella/ No, nada, gracias. Es que... con este calor...

El/ ¡Pero sí hace un día estupendo! En fin. Todavía no me has dicho de dónde eres, pero si es que no lo quieres decir pues...

Ella/ No, no, no es eso, es que... en fin, creo que eso no es demasiado importante, el lugar de origen de una persona no dice nada con respecto a cómo es, al menos eso es lo que yo pienso.

El/ Y estoy completamente de acuerdo contigo ¿Lo ves? ¿Ves por qué creo que nos conocemos? Un solo dato personal y ya coincidimos. Algo me dice que hemos hablado antes en algún sitio. Me resultas cercana, conocida. Puede ser...

También él busca en su memoria de dónde procede su recuerdo. Las imágenes pasan a una velocidad vertiginosa por su mente, recorren todos los lugares que ha

visitado, especialmente todos los rincones de aquel lugar en el que se encuentra ahora, su lugar, pero...

El/ No, no caigo. Y eso que suelo tener buena memoria. Y que una cara no se me olvida nunca, pero ahora mismo no sé bien de qué nos conocemos.

Ella/ Quien sabe. Quizá ocurrió en otra vida. ¿Tú no crees que hayamos podido tener otra vida?

El/ Sí, yo creo que sí, que es posible que la materia de que estamos hechos, ese “polvo eres y en polvo te convertirás”, con el tiempo vuelva a reunirse generando nuevos seres idénticos o casi a los originales. Quizá. Pero también creo que podemos tener vidas paralelas: Una, por expresarlo de forma sencilla, la que vivimos de forma realista, física. Otra ú otras las que viven nuestros sueños, nuestros deseos, nuestros anhelos, la que está intrínsecamente ligada a nuestro yo más íntimo, que es casi nuestro yo.

Ella/ Creo que... ahora soy yo la que tiene que decir que es justo lo que yo pienso. Parece como si nuestros pensamientos se cruzaran.

El/ Parece claro que algo tienen en común.

Ella/ Sí.

Se quedaron callados, mudos, pues por un momento no necesitaban de palabras. Se entendían sin hablar. Parece como si lo que uno pensaba, él otro lo hablaba y viceversa. Y volvieron a cruzarse por sus mentes aquellos sueños. Parecía que los dos necesitaban ordenar sus recuerdos para saber que había en común entre ambos.

Ordenando sus recuerdos

La niña Alicia

Alicia volvió a su infancia y se vio sentada en un banco de la plaza de su barrio, con no más de diez años, apartada de sus amigas y amigos del barrio que jugaban bulliciosamente, dibujando en su cuaderno un cielo de un azul intenso, con unas nubes muy blancas llenas de letras. Las letras caían de las nubes a la tierra y allí, al pie del dibujo, se podía leer esta sentencia: *Estoy en tierra pero he venido del cielo.*

Ella decía que la lluvia era como las letras: si se reúnen las letras se pueden componer palabras, frases, sentencias, historias,... vidas. La lluvia, del mismo modo, hace con unas gotas un charquito o te refrescan pero muchas hacen correr una pequeña corriente, o convertirse en un arroyo, un río, una catarata, lagunas, lagos, mares, océanos... vida.

Por unos segundos, una ráfaga literaria pasó por su mente. Era el final de una carta, una de las muchas que había escrito y guardado pues desconocía a su destinatario y que decía:

...el día que nos encontremos será por casualidad, pero yo te reconoceré enseguida porque estás dentro de mi corazón. Te quiero, amor.

Sintió un pequeño escalofrío y casi se sonrojó, bueno, por dentro seguro que sí pero ¿lo habría notado él?

Alex, el niño

Alejandro se vio corriendo tras una pelota de trapo en la era de sus abuelos con tres de sus hermanos, todos a una, a la edad de doce años. Una refriega y cayeron todos al suelo riendo. Los otros se levantaron y siguieron tras la pelota. Él siguió tumbado en el suelo duro y pedregoso, mirando al sol medio oculto entre nubes y en otra parte del cielo a la luna que también se le ofrecía ese día. Y empezó a hablarles:

¿Dime luna? Tú que velas por la noche ¿a dónde va el sol por la noche? ¿Podré yo visitar ese lugar algún día?

Después de un tiempo de contemplación de aquella inmensidad maravillosa, de ver el sinuoso y lento movimiento de las nubes, de ver los destellos de los rayos del sol hacia el horizonte y hacia todas partes, se contestó con seguridad:

Sí. Algún día iré al otro lado del mundo. Y allí habrá alguien muy especial esperándome. Seguro.

Sin haber entendido realmente porqué aparecían ahora aquellos recuerdos, acertó titubeante a decir:

El/ No quisiera parecer atrevido pero me gustaría poder invitarte a una copa, un paseo o simplemente a sentarnos a charlar. Necesito decirte un montón de cosas que...

Ella/ No sigas, por favor. Ahora no. Me espera... me esperan unos amigos y no puedo dejarles plantados. Quizá mañana si coincidimos en...

El/ Mañana, al amanecer, ¿un paseo por la playa?

Ella/ No, no... Mejor... ¿conoces el parque Azul, el que está un poco más arriba de la biblioteca, que se parece mucho a éste jardín del hotel?

El/ Sí, claro que sí. Entonces... ¿allí a las nueve?

Ella/ En la fuente del Niño. Allí estaré. Bueno pues...hasta mañana.

El/ Hasta...entonces. Se me hará eterna la espera. ¿Cómo nos...?

La pregunta quedó en el aire. El quiso saber como encontrarse, cómo se llamaba, en fin, más cosas pero ella ya se iba apresuradamente. También ella quería saber más cosas pero ahora no estaba segura ni de lo que había hecho ¡se había citado con un desconocido, en un lugar desconocido y sin saber nada de...! ¡Oh, Dios!

Ella. Primeros Recuerdos

Alicia se fue hacia su hotel donde la esperaban sus amigos y marido y a los que encontró sentados y riendo jocosamente en un apartado de la terraza. Se excusó en que tenía que ir a comprar algo personal. Julia, una de las amigas se ofreció para acompañarla lo que Alicia rehusó, le dijo que no se molestara y siguiera divirtiéndose con el resto del grupo, que no le importaba ir sola. En realidad, quería ir sola. Y no a comprar. Salió del hotel y estuvo andando como una sonámbula el resto de la tarde. Caminó por la ciudad, por las tiendas, por los escaparates, por la playa, por todos los sitios, aunque en realidad ella no veía nada de lo que se cruzaba en su camino. Su pensamiento estaba absorto en sus recuerdos. Trataba de ordenar aquel sinfín de escritos, versos y pensamientos que había ido acumulando en su ya larga vida. Ahora parecía que todo empezaba a tener sentido *¿Cómo era posible que se pueda pintar el futuro en el aire y éste llegue a su debido tiempo?* Bueno, tanto como a su debido tiempo... Debería haber llegado muchos años antes. Quizá en aquellos años en los que ella escribía:

*Que es esto que a mi me pasa
Que yo no puedo explicar
Que angustia, que pena honda
De no poderte mirar
De no poderte sentir
Y no poderte abrazar
Y no poderte decir...
Lo que tú nunca sabrás
Que te quiero con locura
Pero no sé dónde estas*

Y se presenta ahora. Porque, es él. Seguro que es él. Esa mirada... Ahora recuerdo cuando descubrí, bueno, imaginé este lugar. Fue el día de mi primera comunión, sí. Después de la ceremonia, con todo el lío de los familiares nos fuimos a hacer unas fotos a un parque de la ciudad que yo no había visto antes. Yo estaba impresionada. Palmeras, prunos, arriates con flores, bosquecillos, fuentes, estatuas... e idealicé un idilio con... ¡qué vergüenza!, porque yo imaginaba que era con el niño Jesús. Pero con un niño Jesús, hombre. Un idilio inocente, blanco, inmaculado, pero yo lo veía tan guapo, tan buena persona que estar a su lado era todo lo que quería en ese momento. Se rieron de mí cuando lo conté y quizá, desde entonces, ya empecé a analizar y ver la religión de otra forma hasta lo que creo que es hoy, es decir, no creo en lo religioso. Soy, digamos, una agnóstica por la gracia de Dios.

Pero ése día yo vi a un hombre que me amaba, no a un dios, que me daba todo el calor y vida que necesitaba, que me hacía sentir la más agraciada de las mujeres, que me miraba con una mirada limpia que me confortaba. Y desde día intensifiqué mi búsqueda, mis llamamientos en forma de pensamientos, palabras o letras que lanzaba al viento para que éste te las llevara a ti, mi otro yo, que estaba segura de que estaría en alguna parte del mundo. Y fue allí, en ese parque que tenía un parecido casi idéntico a los jardines de este hotel pues, para parecido, incluso había un hotel en aquel lugar, al lado del parque. ¡Ahora lo entiendo! ¡Eso es lo que me atrajo hacia el interior del hotel en que nos hemos encontrado, de su terraza, de sus jardines! ¿Te alojas en él? Parece como si mi parque haya sido trasplantado a éste lugar del mundo, con hotel y todo. Y mi inconsciente ¿mi destino? me ha arrastrado hasta aquí. Parece imposible pero...

De niña volví algunas veces a aquel parque. Y ahora recuerdo que allí te escribí esto:

*¿Cuándo encontraré a mi amor?
¿Quién será? ¿Dónde estará?
¿Aparecerá algún día?
¿De verdad existirá?
Siento pesar y dolor
De no saber dónde está,
Cómo es, cómo me quiere,
O cómo le quiero ya.
Sueño que es dulce y sincero.
Que me quiere así, ¡sin más!,
Que siente lo que yo siento
Cuando sus labios me dan
En sueños, un dulce beso.
Con amor, más besos más.*

Que cursiladas ¿verdad? Compréndelo, era una niña. Pero... ¡Dios mío! Si estoy volviendo a los sueños, a poner en el viento mis deseos más íntimos ¿Le estarán llegando mis pensamientos? ¿Será verdad que nos comunicamos a través de ondas y cuando dos personas están en sintonía nada se pueden ocultar, pues se transmite todo del uno al otro? Espero que mañana no me repita estos versos ¡Mañana! Pero, ¡Dios mío! ¿Cómo he podido quedar con él estando aquí mi marido, estando casada y...? Sola, sí, sola aunque esté rodeada de amigos. Yo quise ser una buena madre y esposa y compañera y amiga pero sé que he fallado en algunas cosas. Quizá me ha faltado mi propia seguridad, mi creer más en mi yo misma y no he debido trasladar esa inseguridad a mi esposo, a mis hijos o a mis allegados porque seguro que ellos lo han percibido. Quizá ese ha sido mi fallo. Tanto tiempo de guardarme para mí mis secretos, mis deseos más íntimos mis ilusiones y esperanzas. Quizá debería haber compartido algo más mi yo. Y ahora creo que ya es tarde, tarde para recomponer una relación basada, como no puede ser de otra forma, en la sintonía y la confianza que se darán si hay una claridad de planteamientos y que éstos sean compartidos. En definitiva, la verdad, no las verdades a medias o la verdad tuya o mía. Tiene que ser una verdad compartida. Quizá por eso quedé contigo, porque algo me dice que contigo sí que puedo compartir mi verdad. Lo hice sin pensar, como si una fuerza interna me hiciera decir las palabras sin yo pensar en lo que decía. Mañana...

Cariño, ¿dónde estabas? Le espetó su marido al regresar tiempo más tarde al hotel y encontrarse ya con todos sus amigos en el restaurante cenando.

Ella/ Es que... es tan bonito todo y hace tan buen tiempo que empecé a andar y andar y no me di cuenta de la hora que era, dijo, a la vez que se sentaba.

Marido/ Pues sí que habrás andado porque hasta vienes un poco acalorada. ¿Qué quieres cenar?

Ella/ ¿Cenar? Pues... no tengo muchas ganas así que... bueno..., tomaré algo, pero me iré pronto a la cama. Estoy un poco... cansada.

Tomó algo ligero y pronto se excusó para irse a dormir. En realidad... a soñar.

El. Primeros Recuerdos

Mañana. He quedado con ella mañana. Se me hará difícil esperar tanto, necesito mirar dentro de esos ojos otra vez, quiero ver que más me transmiten aunque... Sí, voy a escribir. Escribir me relaja y hay un montón de cosas que fluyen a mi mente con motivo de éste encuentro. Porque ella es guapa, sí, bueno tiene clase y un no sé qué en los ojos, en su mirada, que deja fuera de juego, K. O. Podría estar eternamente mirándome en la profundidad de su pupilas. Sus ojos. ¿Cómo era aquella poesía que escribí hace mucho? ¡Ah!, sí.

*Esos ojos que me miran,...
Que miran que nos miramos,...
Que besan cuando suspiras,...
Que aman si nos amamos,...
Que dicen lo que no dices,...*

Sí, tus ojos pueden darme toda la tranquilidad y paz que tú lleves dentro o atormentarme con tus miedos y frustraciones, pues cuanto sientas, yo lo sentiré a través de tus ojos. Si, creo que estoy en uno de esos momentos que pueden llenar un gran vacío en mí, es como si se abriera la compuerta de un estanque llenándolo. Porque para mí, el tiempo mecánico, el que miden los relojes, es sólo un invento de los hombres. El verdadero tiempo es la vida, y ésta no se divide en partes iguales como hace el reloj, sino en “ratos” que pueden pasar muy lentos o muy rápidos según lo que se viva mientras duran. Estos ratos son mis “momentos” y la suma de estos momentos sin medida, es la totalidad de la “vida vivida”. Y estoy en uno de esos momentos que hacen vida.

Verás, te quiero decir que te he estado esperando siempre. Nunca me casé aunque sí ha habido en mi vida algunas mujeres, incluso hijos y nietos, pero aunque en algún momento he creído que la mujer que tenía a mi lado eras tú, hoy estoy completamente seguro de que no. Tú, mi sueño, mi ideal estás ahora junto a tus amigos, según has dicho, quizá en una conversación banal. Y yo, que estúpido de mí, con lo extrovertido que soy a veces, no me he atrevido a pedirte acompañarte. La emoción me embarga. ¿Será posible que seas tú? ¿Recuerdas aquella noche en el campo, con todo el cielo estrellado y yo, que no tendría más de doce o trece años, lanzaba mis pensamientos al aire? No claro, no lo puedes recordar porque no estabas y no creo que te llegaran mis mensajes a través del aire ¿O sí? Te decía:

*Quisiera ser pájaro y volar.
Y surcando los aires, salvando las corrientes y las distancias, llegar hasta ti.
Y besarte una vez.
Y, por fin, amar.*

También te dije esa noche.

*Si yo pudiera te daría la Luna
Si yo pudiera te llevaría al Sol
Si yo pudiera ¡todo te daría!
Si yo pudiera también te daría mi amor*

Pero no puedo, no te encuentro, no se donde estás.

Je, je, je, que cosas más infantiles me vienen al recuerdo. Dirás que soy un poco infantil pero es que tú me has hecho recordar estas cosas. Espero que mañana esté más sereno pues si no voy a parecer un primerizo. En fin, ya veremos... mañana.

Se dirigió a su habitación, absorto en sus pensamientos. Pero... Aquella noche fue demasiado larga para Alejandro. Escribió, oyó música, se levantó, se acostó, se volvió a levantar, pensó,... soñó.

Recuerdos y más recuerdos

Esa noche, ya fuera en el camino a la cena, ya en la compañía de otros, ya en la ducha y sobre todo, ya en la cama, la mente de uno y otra buscaban en sus recuerdos lo que había ocurrido en sus respectivas vidas que pudieran aclarar lo que estaba ocurriendo. ¿Y qué es lo que estaba ocurriendo? Pues que ambos, por caminos diferentes, habían idealizado, soñado, ansiado, un encuentro tal y como lo habían tenido ellos en esta maravillosa tarde. ¿Serían cosas del destino?, se preguntaban a sí mismos. Y así, con prisas, pues querían saber ya que es lo que estaba pasando en realidad, sus mentes comenzaron una frenética búsqueda en su memoria que pudiera aclarar, si esto fuera posible, la situación en que se encontraban.

Alicia se remontó a sus años juveniles, a sus doce años. En ese tiempo tenía ya un ideal de hombre con el que le gustaría compartir su vida, que la haría feliz. Su descripción gráfica respondía a ésta carta que, como tantas otras, acababan en el baúl de los recuerdos pues el destinatario era desconocido:

Cariño: ¿Cuántas veces te voy a decir que lo sé todo de ti? Eres una persona, como te diría, que responde a mis deseos más íntimos. Y es que

*Te quiero sin que me quieras
Que es verdadero querer
Que querer porque nos quieran
Es querer por interés.*

Sí, mi amor. Tú eres el hombre de mi vida: atento, cariñoso, servicial, culto, inteligente, pero sobre todo, honesto, sincero y mi mejor amigo. Es verdad, es que

*Mira tú si yo tendré
Fijo en ti mi pensamiento
Que si me miro al espejo
En vez de verte, te veo.*

Eres... yo misma, mi yo interior, es como si estuviéramos fundidos en una réplica idéntica de átomos, nervios, células, eres...mi vida misma.

Y sé que un día te encontraré y seremos felices. ¿Qué cómo te reconoceré? Pues, no sé... No sé si eres alto, rubio o moreno, con carita regordeta o delgada, ¿tu pelo?... pues tampoco lo sé, en fin, físicamente no sé ni me importa cómo eres, sólo sé que en cuanto te vea, te reconoceré. Así que no te preocupes por eso y, entre tanto, cuídate, mi amor.

Por y para siempre, tu Alicia.

Este tipo de cartas, poesías, pensamientos, etc., eran habituales en Alicia que idealizaba todo. Unas veces hablaba de él, con él, otras describía los lugares que juntos visitaban en su imaginación, las cosas que les ocurrían en esos encuentros, etc.

Cuando ya Alicia había traspasado sus dieciséis añitos escribió:

Querido diario: Hoy he conocido, mejor dicho, intimado con un hombre de la, para mí, lejana península. ¿Será el de mi sueño? Sí, me ha besado cálidamente y me ha dicho que me quiere ¿Le quiero yo? ¿O es sólo el deseo de escapar con él a su tierra?

Aunque desde que tenía quince años salía en “serio” con un chico de su colegio, próximo a su círculo familiar, a su entorno, pues en aquellos ambientes solía ser así: los jóvenes se veían abocados a escoger entre los más próximos, pues era lo que había.

Pero por suerte o desgracia..., no, no, sólo suerte pues ella decía que *un amor se deja por otro mejor*, Alicia conoció a un hombre cuatro años mayor que ella, atlético, dulce, jovial y, sobre todo, venido del otro lado del mar, aquel mar que ella tantas veces soñó con cruzar. Se cruzó, valga la redundancia en su camino. Llegó a aquella tienda de ropa en la que ella era dependienta, para poner un poco de orden en las cuentas de la empresa y aunque sólo iba un par de horas, dos o tres días en semana y se metía en la oficina y apenas se veían, de vez en cuando conversaban un poco. Y un día, él, que era más atrevido, más directo cruzó unas palabras aduladoras con ella, puso su mirada en lo más profundo de sus ojos azules y suavemente la atrajo hacia sí besándola.

Ella no supo, no pudo o no quiso rechazar aquella inesperada muestra de cariño y quedó prendada de su osadía por lo que, sin saber muy bien que decir, acertó con:

Ves, ahora me voy a tener que pintar los labios otra vez. Me has dejado sin rimel.

Resulta divertido recordar ahora aquel encuentro que duró ¡ay! sólo unos meses. Ella no las tenía todas consigo con aquella relación pero tenía que arriesgar. Ella sabía que casi con toda probabilidad él se iría de la isla en cuanto cumpliera con el servicio que allí le había llevado y no es que a ella le importara, más bien, eso es lo que quería. Es decir, ella quería irse también con él ¿La llevaría él consigo de vuelta a casa o habría otra mujer esperándole y ella era sólo un pasatiempo?

Bueno, píntate, pero yo no lo haría. Porque me temo que voy a seguir saboreando tu carmín y así, puede que no termináramos nunca: tú retocándote y yo sorbiendo el carmín de tus dulces labios.

Rieron juntos por primera vez muy cerca el uno del otro. Él dijo:

Lo siento por Dani, tu novio, pero... así son las cosas. Parece buen chico. Sí, lo es. Contestó ella. Pero... un amor se cambia por otro mejor. No vale la pena seguir con alguien si hay una oportunidad de poder estar con alguien que llene más tu vida. Y tú, no sé porqué, con sólo un beso me has hecho sentir más que en ningún otro momento de mi vida.

Fueron unos meses maravillosos. Por fin conocía en primera persona como eran las cosas, la gente del otro lado del océano. Disfrutaba con todos los detalles que Javier le contaba, su Javier pues hasta el nombre le resultaba bonito. Y además disfrutaba por primera vez de aquellos sitios a los que nunca había entrado antes: discotecas, restaurantes, tiendas, viajes por el interior de la isla, paseos por todos los rincones de la ciudad. Fueron unos meses maravillosos sí. Por entonces escribía poesías como éstas:

*Eres mi primer amor
Que me enseñaste a querer
No me enseñes el olvido
Porque no quiero aprender.*

*La naranja nació verde
Y el tiempo la maduró
Mi corazón nació libre
Y el tuyo lo cautivó.*

Pero llegó el día de la despedida. Ella no quiso preguntar si volvería a por ella algún día. Él no quiso hablar de cuando se podrían ver de nuevo. Ella tenía claro de que si se lo hubiera pedido, se habría marchado con él sin importarle lo que después pudiera ocurrir. Pero él tenía muchos retos todavía por delante y no quería un compromiso amoroso que le impidiera, al menos, intentar conseguir lo que quería. Se decía que había tiempo para todo. Y si aquella era su mujer ideal pronto lo descubriría, en cuanto estuviera un tiempo sin ella él lo sabría si la echaba demasiado de menos. Pero primero tenía en mente trabajar por una situación acomodada, profesionalmente hablando, y para ello necesitaba mucho tiempo y energías y no compromisos matrimoniales.

Después de la despedida hubo algunas cartas entre ambos, estas sí con destinatario conocido, cartas como estas:

Sabes que la distancia es como el viento. Apaga la llama más débil pero aviva mucho más la que es fuerte. Y yo siento que mi llama me abrasa, se engrandece más y más pero, al mismo tiempo, me consume si no puedo apagarla un poquito con tus besos. Cariño, una palabra tuya y me tendrás ahí o en cualquier parte del mundo que me digas. No puedo estar más tiempo sin ti. ¿Cuándo podremos vernos? ¿Cuándo?

Me duele el corazón de tanto quererte. No me olvides, por favor. Quiéreme. Un beso. Hasta apronto mi amor. Tú Alicia.

Las respuestas de él siempre eran parecidas: *No es posible por el momento... Ten un poco de paciencia... Yo también te quiero... Etc. Pero...*

También hubo alguna llamada de teléfono a larga distancia. Y la voz del otro, aún a través de las ondas, sonaba entrañable pero a la vez, o cada vez, se iba haciendo más distante, más dolorosa al no poder gozar de la cercanía y la dulzura de los besos, de las caricias, de los abrazos. Y así, con el tiempo, llegó la carta final.

Decía: Querida Alicia. Ya me conoces y sabes que no me gusta jugar con las ilusiones, no me gusta la hipocresía, así que, con sinceridad te digo, que eres la única persona que hasta hoy ha llenado completamente mi vida. Te quiero, pues la dulzura y cariño que hay en ti me hacen sentir único. Por eso, cariño, me duele decirte que creo que ha llegado el momento de decirnos adiós. Estamos muy lejanos en distancia, yo con muchos retos por delante, tú joven y despertando a la vida y, la verdad, no sé si el futuro tiene un lugar reservado para los dos en pareja. Creo que es mejor dejar este martirio de no podernos tener y dejar que el tiempo transcurra. Tal vez las cosas cambien y podamos reunirnos pronto. O tal vez esto sea un adiós para siempre. Pero sea lo que sea, por siempre y para siempre tú ya formas parte de mí. Estás tan en mí que parte de mí yo eres tú. Siempre, siempre te tendré en mi recuerdo y en mi cariño.

Adiós, amor. Aunque me duele el corazón al decirlo...te quiero. Un beso.

Alicia, aunque se podía decir que esperaba algo así pero sin perder las esperanzas de que en vez de despedida fuera una llamada a unirse a su Javier, lloró por primera vez. Lloró, quizá no por el amor perdido o, mejor dicho, no encontrado sino de rabia e impotencia *¿Por qué no podemos tener más posibilidades para elegir, para conocer y entenderse para, en definitiva encontrar a tu otro yo?,* se decía.

Ese día Alicia lloró mientras caminaba por el paseo marítimo, lágrimas que se secaban en su cara con la brisa marina. Y sentada en un banco del paseo, recibiendo los rayos del sol y el viento, escribió en su libro de poesías, su agenda, pues era el lugar que dedicaba a hacer sus pinitos literarios, escribió, decía, este triste verso:

*Triste es tener que llorar
Triste es tener que sufrir
Pero más triste es amar
Y no poderlo decir.
Y más triste todavía
Que no poderlo decir
Es que sabes que te quiero
Y ni te acuerdas de mí.
Triste es un día sin Sol
Triste es la noche sin Luna
Pero más triste es amarte
Sin esperanza ninguna.
Y más triste todavía
Que sin esperanza amar
Es quererte con locura
Y tenerte que olvidar.*

Le fue muy costoso adaptarse a la nueva situación. Pues su antiguo novio ya se lo había advertido: “Se marchará sin ti, te dejará y no volverá nunca, ni se acordará de ti”. Ella aceptaba lo primero pero que no se acordara de ella, no lo creía. Ella sabía, por sus besos, que no podría olvidarla. Pero la realidad es la realidad y había mucha distancia física entre ambos, mundos diferentes y ellos jóvenes. En fin...

Lo peor era tener que convivir otra vez con su pequeño mundo, sus amigos de siempre que aunque queridos eran hartos conocidos, con Dani cercano y distante a la vez pues, lo que es el llamado amor, él ya salía con otra chica aunque la verdad, no parecían muy enamorados.

Ella volvió a su rutina de trabajo, familia y amigos. Conoció otros chicos, intimó o salió con alguno pero sin que se implicara demasiado en la relación. Algún tiempo después volvió a salir con Dani, su Dani de siempre, quizá por aquello de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. No, desde luego que ese no era su lema. Volvió con él porque ella sabía que él la quería, que era un buen chico y que la iba a tratar bien y respetar, pues ya lo había demostrado con sus, según él, locuras. Quizá él no fuera su amor, el auténtico, pero era lo mejor que tenía a mano.

Se casó a la edad de veintitrés años, con Dani, naturalmente. Su matrimonio discurrió en los primeros años con una cierta normalidad, cada uno de ellos tratando de que aquello funcionara. Tuvieron dos hijas y eso les hizo por un tiempo olvidarse de ellos mismos y dedicar sus energías a sus hijas. Pero lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible. A los cuatro o cinco años de convivencia se notaba ya demasiada incomodidad en la relación, demasiada frialdad, cuando no, las típicas peleas de pareja por cualquier motivo.

Llegó un momento en el que incluso se decían las cosas por carta, que se dejaban encima de la mesa del comedor o en la librería, pues no podían mantener una conversación o discusión en términos amistosos.

En estas, él le decía: *Dado que de un tiempo a esta parte no es posible hablar contigo, pues solo respondes con monosílabos o con “ya estás otra vez” o marchándote de casa a dar un paseo o vete a saber, te escribo para tratar de aclarar que nos está pasando...*

Ella contestaba: *Sí, ya sé que no hablamos pero es que no tengo nada que decirte. Las cosas no son como antes, no siento nada que me impulse a mantener una actitud complaciente o amistosa cuando no estoy de humor para nada. No sé lo que me pasa...*

El insistía: *Tenemos que hacer lo posible porque...*

Y ella: *“Ya estás otra vez”. Te he dicho que no tengo ganas de hablar que...*

En fin. Pasó un tiempo, largo tiempo con esta incomunicación. Pero eran educados y éstas “no discusiones” no iban a más, aunque hacían que cada vez hubiera más distancia entre los dos. Las cosas se fueron enfriando hasta que llegaron más o menos a un nivel de mutua aceptación de la realidad: Estaban condenados a vivir juntos, pues ni por economía, ni por cuestiones familiares o sociales parecía oportuno separarse. Así que se dispusieron a vivir con una cierta comprensibilidad entre ambos. Y la verdad es que funcionó. Tenían un matrimonio de lo más normal. Quizá como la inmensa mayoría. Pero eso no es lo que ella hubiera querido. Sus sueños no eran eso. Pero el tiempo pasaba y ya casi se había hecho a la idea de que nada cambiaría.

Recibió su treinta cumpleaños con ésta apatía pero algo imprevisto sucedió. Por televisión estaban dando un programa de variedades y uno de los entrevistados la impactó. No sabía porqué pero le hizo hervir un poco la sangre. No, no era él, su amor peninsular pero algo había en aquel hombre que la hizo tener esperanzas. Ése mismo día recibió una carta ¿Cosas del destino? La carta es de esas que se envían por docenas con un mensaje que alguien quiere hacer llegar a muchos, pero que parecía especialmente dirigido a ella. Decía:

Cuando recibas y leas esta carta, algo en ti va a cambiar ¿Estabas esperándola? Seguro que sí. Sí amigo o amiga es para decirte que todo aquello que deseas, si lo deseas de verdad y persistes en tu objetivo, se cumplirá. Pues todo aquello que ansiamos de corazón, con esa fe y entrega que nos hace casi tocar nuestro deseo, llegará a su debido tiempo. Hay alguien velando porque así sea. Y ése alguien te escucha. Está ahí para ayudarte a conseguir tus fines. Sólo te pide fe en ti mismo y en tus propósitos, voluntad y buen corazón. Y lo recibirás.

Aun en la generalidad de la carta ella se sintió confortada. Era un soplo de aire fresco en su ya cansina monotonía.

Por primera vez le venía una idea de rebeldía a lo establecido, de estar siempre esperando que algo ocurriera. Se dijo a sí misma que si quieres encontrar algo ¿tienes que buscarlo! Si no ¡cómo lo vas a encontrar! No se pueden dejar las cosas sólo al azar. La suerte hay que buscarla y trabajar por ella. Así que empezó a mirar a otros hombres con intención y no habría dudado en tener una aventura con alguno si hubiera encontrado un mínimo de empatía. Esto, claro, resultaba difícil, con un marido cercano y vigilante no por celos, sino por proximidad. Ella aprovechaba su tiempo y hacía cursos de todo tipo y allí conocía gente e intentaba una aproximación. Hubo ocasiones en las que estuvo a punto de cometer infidelidad a sus promesas matrimoniales: Y es que eso de estar casada con el mismo *hasta que la muerte nos separe*, a ella la parecía “demasié”. Porque ¿Y si descubres más tarde que te has equivocado?

Después de algunos escarceos que no llegaron a nada, desistió. No valía la pena. Sólo habría sido una cana al aire, un lapsus, una gilipollez, en definitiva, pero no lo que ella quería. Así que ¿Para qué? Aunque ese ¿para qué? Lo decidió después de haber cometido un lapsus, una gilipollez, o sea, echo “una cana al aire”. Fue con su Jefe. Un día de esos de inventario ¡que vocabulario inventan los jefes para ligar con las empleadas!, en el que terminaron tarde. Como se retrasaba el trabajo de inventario, su jefe salió a comprar un refrigerio, un tentempié y compró ¡como no!, una botella de champán para celebrar con su apreciada empleada un trabajo bien hecho. Y ella, baja de defensas emocionales y alta en copas de champán, sucumbió a unas horas de pasión.

¿Cómo va eso, Alicia?

¡Fatal! Todavía me quedan las dos estanterías del fondo y esta que estoy haciendo que no cuadra nada.

Bueno, no es tan tarde. Un rato más y terminamos. Por cierto, ¿tienes hambre? Porque yo estoy hambriento.

No, no me apetece nada, solo un poco de agua y sigo.

Quita, quita. Salgo a comprar un refrigerio que todavía nos queda un buen rato.

...

Un rato después.

...

Tomate una copita, verás como te animas.

Pero Jefe, yo es que si bebo me mareo enseguida.

Que no mujer, que una copa no hace nada.

Y llegaron más canapés y más copas y...

...

Pero Jefe, ¿que hace?

¡Ay, Alicia! Es que, tú no sabes lo hermosa que eres y estar contigo aquí... así... pues...

Quite, quite que yo no... ¡ay, jefe!... que estoy casada y... ¡ay, je...!
Alicia, Ali, chiquilla, tú te mereces ser feliz, ser amada, ser dichosa, yo te daré todo aquello que tú...

Sí. Había sido una cana al aire, un lapsus, una gilipollez, así que... a olvidar.
Al parecer en los temas amorosos, sólo nos queda esperar y, con suerte, acertar.

Pero, el tiempo pasó sin que nada nuevo ocurriera. Traspasados ya ampliamente los treinta y encaminándose a su mediana edad escribía:

Hoy me siento quizá más cansada que nunca de la rutina de un matrimonio que no me hace sentir nada. Él es atento, sí, y buena persona y comprensivo pero ¡yo te necesito a ti, mi amor! Necesito sentir la fuerza de la pasión, la sangre hirviendo en mis venas, el calor de tus apasionados besos... Sí, ya sé que no sé donde estás, ni quien eres, ni si existirás pero...en el fondo yo te siento así. Y sé que estás en algún lugar. Si pudiera hacerte llegar estas palabras ¡que feliz sería! Pero como siempre, esta carta acabará en el doble fondo de esa cajita que conservo con mis recuerdos más íntimos. Adiós amor, hasta siempre.

También la poesía la acompañaba en sus pensamientos. Y aunque parecía sentirse cansada y sin esperanzas, todavía escribía:

*Pude cantar al viento la alegría de tenerte.
Pude contar al mundo el amor que me diste.
Pude escribir, mi amor, y compartir mi suerte.*

*Pero no me dejaste, no lo quisiste, no pudo ser.
Mis recuerdos, mis momentos, mis llantos y alegrías.
Mi ilusión, mis temores. Tantas cosas y días
Dormirán sólo en ti, y en ésta humilde vida.*

Pasó el tiempo, mucho tiempo. Ya se había convencido de que así sería su vida siempre aunque seguía haciendo trabajar a su mente en sus sueños. Si llegara él, se decía, ya no habrá nada que hacer. Así que, resignada, releía estos versos:

*Pasarás por mi vida sin saber que pasaste
Pasarás en silencio por mi amor
Y al pasar fingiré una sonrisa
Con un dulce contraste del dolor de quererte
¡Y jamás lo sabrás!
Soñaré con el nácar virginal de tu frente
Soñaré con tus ojos de esmeraldas de mar
Soñaré con tus labios desesperadamente
Soñaré con tus besos
¡Y jamás lo sabrás!
Quizás te pasees con otra que te diga
Esa frase que nadie como yo te diría
Y ahogando para siempre mi amor inadvertido
Te amaré más que nunca
¡Y jamás lo sabrás!
Yo te amaré como algo inaccesible*

*Como un sueño imposible
Que no podré realizar
Y si un día una lágrima
Denunciara mi tormento
Ese tormento infinito que te debo ocultar
Te diría sonriendo “no es nada,
Ha sido el viento”,... me enjugaré la lágrima
¡Y jamás lo sabrás!*

Riiiiing, riiiiing, riiiiing. El despertador sonó temprano.

**Pero, mujer, ¿habías puesto el despertador?
Sí, es que tengo que ir a la peluquería y quiero ir pronto para aprovechar
luego mejor el tiempo.
¡Pero si estamos de vacaciones! ... Bueno, bueno. Allá tú. Yo voy a dormir
un rato más.**

Ella se dirigió a su encuentro. Temerosa. Ansiosa. Nerviosa. Soñadora.

Alejandro tenía catorce años cuando tuvo conciencia cierta de que se había convertido en un adulto. Además de esto, también tenía claro que mujer sería la que le acompañaría en su vida. Ella tenía que ser una mujer comprensiva, pues él sabía que tenía unas ideas muy claras y que quería llevarlas adelante; tenía que ser cariñosa y dulce, con unos ojos que transmitieran paz, alegría, sinceridad y honestidad. Culta y con clase, pero en el sentido más modesto, no necesariamente cargada de títulos de nobleza o universitarios. Tenía que ser fuerte psicológicamente, aunque fuera débil como persona, con un sentido realista y positivo de la vida, con iniciativa y comprometida con la parte más humana que llevamos dentro hacia los demás. No pensaba en un físico concreto. Le importaba más el interior. Así que, rubia, morena, pelirroja ¿Qué más da? Europea, asiática, africana, negra, cobriza, blanca,... le daba igual.

En este tiempo era un enamoradizo empedernido. La mayoría de las chicas de su entorno le gustaban: les echaba miraditas interesadas, aunque su timidez no le permitía dirigirse a ellas en plan de hacer amistades más íntimas. Sí, era tremendamente tímido, cosa que cambiaría poco tiempo después. Se podría decir que en este tiempo estuvo enamorado al menos de media docena de chicas. Claro que ninguna de ellas lo supo jamás, al menos de palabra por él. Bueno, una sí. Le costó mucho declararse a su primera chica en serio, pero lo hizo, si bien, no esperó respuesta ni le volvió a sacar el tema:

Pili...quería decirte que..., bueno que yo...que tú eres la mujer más...que bueno...que más qui.e..ro y...

Ya lo sé.

¿Cómo? Que ya... ¿cómo...lo sabes?

Por como me miras.

Bueno pues, je, je, si ya lo sabes pues...bueno, adiós.

¡Uff! ¡Vaya trago! Y él que creía estar completamente enamorado... En fin.

A sus dieciséis cambió la cosa. Salir con chicas parecía que era su objetivo en la vida. Se montó una especie de asociación para la cultura y la diversión, que no era otra cosa que un medio para organizar guateques y bailes con chicas. Pero entre tanta mujer no era fácil tomar partido por ninguna pues enseguida aparecía otra que le gustaba tanto o más que la primera. Así es que salir con una, otra y la de más allá sin ningún compromiso fueron sus primeras relaciones amorosas. Pero todo llega. Y así, ya en sus dieciocho años, tuvo su primera relación más o menos formal con una chica, Conchi, que le traía loquito. Pero seguía sin verlo claro. Para ella, él era su novio y, obviamente, ya hacía planes de futuro. Para él, el futuro era otra cosa. Y de novio nada, él consideraba aquello como una amistad íntima que con el tiempo, quizá, podría ser otra cosa pero ahora... la verdad es que nunca consideró novia a ninguna mujer. Siempre encontraba diferencias que le hacían no comprometerse al cien por cien.

Al cumplir los diecinueve se fue voluntario a cumplir el servicio militar. Quería quitárselo de encima cuanto antes pues tenía necesidad de emprender nuevos retos en la vida. Y además le sirvió de excusa para su primera ruptura amorosa. Fueron unos meses muy bonitos pero no quería verse atrapado en una relación que le llevara al matrimonio. Y además que le faltaba algo para ser su pareja, la que él esperaba.

Después de la ruptura escribía:

¿Qué es el amor? Me preguntas, me pregunto.

*Sí ¿Qué es el amor? ¿Cuál su esencia? ¿Quién será? ¿Cómo será?
¿Dónde buscarlo, a dónde? ¿A donde él estará?*

¿Que, qué es el amor? Me preguntas, me pregunto.

El amor lo es todo y está en todo.

En todo cuánto dices, cuanto oyes, cuanto haces, cuanto sientes.

Está en ti y en mí, está en todos.

Hay amor a la belleza, al arte, al cosmos, a la vida, a la familia y amigos... en fin.

Pero no, no me refiero a ese amor, hablo... hablamos de amor ¿¡qué digo!?

De ese AMOR, con mayúsculas, de ese amor, de eso mismo.

Del que rompe el corazón y convierte, a la ciencia, en desatino

Pues dos, solo uno son, o son dos en uno mismo

¡Eso es amor, el amor! Y es... es... sí, es infinito.

Nada más terminar el servicio militar hizo un viaje en compañía de unos amigos. Recorrieron parte de Europa. Países como Italia, Francia, Suiza, Portugal, España, Inglaterra, etc., conociendo a unos bastante y a otros sólo un poco. El viaje estuvo lleno de anécdotas y curiosidades. Una que está presente con claridad en la mente de Alejandro fue la ocurrida en una tienda de regalos. Uno de sus amigos regateaba al comerciante el precio de unas alpargatas propias del lugar. En el tira y afloja comercial, su amigo le ofreció una cifra muy por debajo del precio fijado de venta.

Le doy por este par de alpargatas 300 liras.

No, no, para eso mejor se la regalo, dijo el comerciante, aburrido del regateo.

Su amigo, sin cortarse, le cogió la mano estrechándosela y diciéndole:

Muchas gracias, para salir de inmediato de la tienda con sus alpargatas.

El comerciante se quedó con dos palmos de narices, incapaz de articular palabra.

Otra anécdota fue la originada porque ellos querían llevarse un recuerdo de cada sitio, pero de regalo, sin pagarlo. Se proponían innovar en el marketing. Eran aldeanos pero querían ejercer como hombres de mundo y hábiles comerciantes. Proponían un regalito para que el cliente, ellos, se fuera satisfecho y hablara bien y volviera al lugar. Y ellos lo pedían e intentaban convencer a los comerciantes, pero nadie entendía la propuesta y no se lo daban a pesar de que hicieran una interesante compra. Así que decidieron sisar un pequeño recuerdo en cada sitio. Un pequeño llavero o pegatina que apenas tenía valor, pero querían su recuerdo y de regalo. Y lo pasaban fatal tratando de llevarse sin pagar un minúsculo y poco valioso detalle. En fin.

Ellos, los amigos, se divertían enormemente con todas estas pequeñas cosas que les iban sucediendo en su primera vez de relacionarse con personas extranjeras y con la dificultad de entenderse por el idioma. Pero lograban entenderse en todos los sitios sin saber absolutamente nada de otro idioma que no fuera el propio.

Pero este viaje también dejó en Alejandro algo más importante. Ocurrió en Capri, la bella isla italiana, el lugar donde ahora se encontraba. La travesía a Capri en un ferry ya fue algo para recordar. Allí estableció una agradable relación con un matrimonio italiano que tenía un niño de unos nueve años y se entendió tan bien con ellos y sobre todo con el chaval, que hasta se intercambiaron direcciones para visitarse en el futuro. Ya en la isla, cada uno siguió su ruta y allí llegó la sorpresa para Alejandro. Nada más pisar Capri se sintió como extasiado, diferente. Cada lugar le parecía conocerlo de antes. Hasta casi adivinaba, como juego, lo que se iba a encontrar al torcer en alguna esquina y acertó muchas veces. Este estado de ánimo le llevó a entrar en un hotel, es decir, en los jardines de un hotel que tenían un embrujo especial. Los recorrió palmo a palmo, se sentó aquí y allá, tomó una cerveza, después un martini, después un vinito, recreándose en el lugar. Preguntó por el origen del hotel, por sus servicios, por todo quedándose con todos los datos pues, se dijo, él volvería a aquel hotel solo y en más larga estancia. Quería seguir sintiendo aquella sensación, que no sabía que era pero que le confortaba, que le hacía sentirse bien.

Perdón, señorita. He sido un torpe, dijo al tropezar accidentalmente en los jardines del hotel.

No ha pasado nada. No te preocupes.

¿Hablas mi idioma? Genial ¿Eres...?

De Puerto Rico. Soy de San Juan de Puerto Rico.

Yo de España, de un pueblecito del interior que se llama La Vega. Me llamo Alejandro.

Yo me llamo Julia.

Julia. Bonito nombre. Supongo que estás como yo, de turismo ¿Quieres que recorramos juntos la isla?

Me parece bien. Yo he venido con unas amigas pero cada una va por un lado, a su aire.

Es la mejor manera. Yo también vengo con unos amigos. Si acaso, podemos juntarnos todos después para comer.

Puede ser. Ya veremos. ¿Dónde vamos?

Pues... por ahí.

Julia resultó ser una mujer increíble. Además de preciosa, era de un dulce que empalaga. Su voz acariciaba, su nivel cultural estaba muy por encima del de Alejandro,

no en vano era hija de un terrateniente puertorriqueño con mucho poder y dinero. Estaba de vacaciones por Europa con unas amigas y su madre, aunque su madre estaba en otros países y habían quedado en encontrarse en Suiza la siguiente semana. Les gustaba el arte y al parecer iban comprando cosas por ahí que enviaban o llevaban después hasta París, desde dónde retornarían a Puerto Rico. En fin, eran ricas, algo que la distanciaba bastante de Alejandro pero en lo personal parecían estar muy próximos.

El día pasó tan rápido y feliz para Alejandro que hubiera querido que no acabara nunca. Pero llegó la noche y ya de vuelta a Nápoles donde llegaron después de hacer la travesía en otro ferry. Allí se despidieron, a eso de las once de la noche, ya que ellas se iban a su hotel pues querían salir muy temprano al día siguiente. El quería estirar un poco el tiempo, pero no fue posible.

Pero ¿Por qué no tomamos algo por ahí y charlamos un rato más?

No puede ser, ni niño. Tengo que madrugar. Aquello de mi niño a Alejandro le llegaba al alma.

Entonces ¿aquí nos despedimos?

Sí, pero por ahora. Nos veremos más veces, si quieres, porque... ¿Por qué no te vienes a Puerto Rico? Mi padre te dará trabajo en sus negocios. El tiene muchos negocios y no tendrás problemas y además te puedes quedar en casa, hasta que tú decidas que quieres hacer.

En su vida habían le hecho a Alejandro una oferta así.

Lo pensaré, sí, lo pensaré. Ya veremos. Hasta pronto.

Sus labios se unieron en un cálido y prolongado beso. Cuando los separaron por unos instantes, estos volvieron a unirse como si de un imán se tratara. Pero ella controlaba más la situación y, finalmente:

Adiós. Espero que nos veamos pronto. Escríbeme.

Lo haré todos los días. Bueno, todos no. No quiero cansarte.

Ella rió. **Sí, escríbeme. Adiós.**

Lentamente su imagen se fue perdiendo en el interior del hotel. Alejandro regresó caminando lentamente al suyo. Sus labios ardían. Nunca había sentido un beso como aquel. ¿Tenía embrujo aquel beso? Lo descubriría a los días siguientes y posteriores. Aunque su viaje continuaba según el plan trazado él deseó dejarlo todo e irse a buscarla pero, claro, ella seguía el suyo por Europa. Si no, quizá se hubiera ido a buscarla a Puerto Rico. La necesitaba. Lloraba. Nunca pensó que lloraría por una mujer. Pero lo hizo. Empezó a escribirle cartas.

Querida Julia: No sé que pasó por mí el día que nos besamos pero desde entonces todo es distinto en mí. Quisiera estar a tu lado, poder sentir de nuevo esa sensación y si la siento, quedarme contigo para siempre. Te necesito. Escríbeme.

Ella le contestó algunas cartas pero no con el ardor que el deseaba. Ella parecía más distante y no respondía a sus pasiones y amores. Y poco a poco se fueron distanciando las comunicaciones hasta que dejaron de escribirse.

En su última carta, ella decía:

Querido: Si no te vas a venir a mi lado es mejor que dejes de escribirme tantas veces y con tanto ardor amoroso. La distancia no es la mejor compañera de los amantes. Y yo, si no estás aquí, no puedo saber si siento algo por ti. Cuídate. Un beso.

Sí. El tiempo lo va enfriando todo y lo ves con otra perspectiva. Quizá no era ésta la mujer esperada pues, entre otras cosas, él buscaba a una mujer cariñosa y no la frialdad que recibía por correo. Además, no le parecía tan buena idea ir a pedir al padre de la mujer que él más había sentido que lo acogiera. El era un hombre y si iba allí, iría como un hombre de éxito, no como un don nadie. No, no parecía haber llegado el momento.

Siguió su vida habitual, progresando en su profesión, uno de sus primeros objetivos, viviendo lo mejor posible su vida y buscando siempre la compañía femenina. Otras mujeres pasaron por su vida en esa cualidad suya, amistad íntima. Pero, a un tiempo, ocurrieron dos cosas sorprendentes.

Una, la de una mujer que sin saber porqué se convirtió en su más íntima amiga y ya no les separaría nada en esa relación especial. Para ella, María, según decía, era amor. Para él, aunque en algún momento también lo creyó así, no pudo certificar que eso fuera amor. Y bien que lo sentía. Tenían muchas cosas en común. En especial, la poesía.

Ella le escribía: *Quisiera ser estrella para verte
Y quisiera ser el bosque y ocultarte
Y ser nube del valle y abrazarte
Y quisiera ser el viento y sorprenderte.*

*Quisiera ser el mar y adormecerte
Y al ritmo de mis olas acunarte
Y ser un alto sueño y ensoñararte
Y ser llama de amor para quererte.*

*Quisiera ser la brisa que respiras
Quisiera ser la fuente donde bebes
Quisiera ser el río en que te miras
Quisiera ser el aire en que te mueves
Y quisiera ser cuando suspiras
El pensamiento de amistad
En que me lleses.*

Él contestaba:

*Cuando te leo, te veo.
Cuando te beso, te ensueño.
Cuando te acaricio siento
Tu amor dentro, muy adentro.*

*Tu mirada sonriente
Y feliz, cuando me mira,
Me dice cálidamente,
Que también por mí suspiras.*

Pero, ¿y tus manos bonitas?

¡Cuánto cariño me dan!

*Y tus dudas son caudales
De agua que van a la mar
Dónde sólo tú, nadar sabes.*

*¿Cuánto quieres? No lo sabes.
¿Dime a quién? Pues,... no lo sé.*

*Pero tú querer es grande
Para mí (y no sé porqué).
A mí me quieres ¡lo sabes!*

*También te quiero y no sé
Querer igual que tú sabes.*

Pero las cosas son como son. Y así fue como apareció otra mujer en su vida por aquel tiempo que cambiaría muchas cosas. Aunque la relación especial entre María y él nunca cambiaría ya. Se demostró estar a prueba de todo. Así que María se casó, tuvo dos hijos que él siempre los consideró como si fueron suyos por su estrecha e íntima relación con su madre con la que siguió manteniendo aquella relación especial.

Esa otra mujer que tuvo mucha importancia en su vida lo fue por ser la madre de su hijo y apareció cuando ya tenía veinticuatro años. Era una de esas amigas íntimas, Amparo, a la que dejó embarazada sin buscarlo. Ella tenía sólo dieciocho añitos y era guapa, sí muy guapa. Pero... no había forma de sacar más de ella, que esa belleza. Salía con ella, sin renunciar a sus otras amistades íntimas, y procuraba tener la mejor relación amigable, ayudarle a conocer la vida y situarla en su tiempo pues, por diversas razones ella necesitaba compañía. Todos necesitamos compañía, él también, así que la buscaban juntos. Hasta que llegó la noticia del embarazo y eso les hizo precipitarse en intentar la vida en pareja para darle a ese hijo que estaba por venir lo mejor. Ciertamente éste lo tuvo, pero ellos tuvieron que sufrir el desengaño de constatar que no había compatibilidad entre ellos para afrontar la vida juntos. Estaban lejos el uno del otro así que, poco a poco se fue enfriando la relación.

Ella pasó de escribir cosas como ésta: ... “*¿Qué me has dado parar quererte? Ante todo, sinceridad, amor, comprensión, ayuda... todo, todo me lo has dado; compañía, alegría, felicidad... por eso te quiero...*”

... “*Papi, aunque sea todavía una chiquilla ¿sabes? Te quiero muchísimo, nunca pensé que me pudiera ocurrir esta maravilla y sé que ya nunca la perderé, que siempre te querré y que seré muy feliz contigo y nuestro hijo... “nuestro hijo” que bien suena...*”

A estas otras: ... “*Voy a decirte que estoy cambiando con respecto a ti, que ya no siento lo que antes y que no me importa estar a tu lado como antes me importaba...*”

“*...ya sé que me he ido de viaje sin decirte nada, ni llevarte ni a ti ni al niño pero es que yo quiero ser libre, no me siento atada a ti ni tengo porque darte explicaciones sobre mi vida...*”

Hasta la ruptura final. Aunque esta fue llegando poco a poco, el momento final fue triste para Alejandro. Fueron muchos días sin rumbo. También, es de suponer, sería triste para Amparo. Por aquel tiempo el escribió:

*Sí, ¡lo sé a ciencia cierta!
Ya sé que no me lo has dicho con palabras que yo entienda,
Ni en inglés, ni en castellano, Romaní o lenguas muertas.
Tampoco usaste la mímica, tan clara y con tanta fuerza
Como la que tú le das, que con ella todo expresas.
Ni siquiera me enviaste señal alguna que advierta
Lo que sientes, lo que quieres, lo que de pronto te inquieta.
Pero yo lo vi en tus ojos: Me hablaban de lo que piensas.
De tus deseos de cambio, de emprender una vida nueva.
Decían que andabas perdida, que hace tiempo no te encuentras.,
Por eso quieres cambiar aunque después te arrepientas.
¡Tus ojos todo lo cuentan!
Pues sin palabras ni avisos, sin parpadear siquiera,
Tus ojos hablan por ti. Y hoy me han dicho que me dejas.
¡Que te vaya bien!, te dije, ¡que encuentres lo que desees!
Y una lágrima escapó... ¿de alegría? ¿O fue de pena?
¡Por fin!, por lo bajo nos dijimos. ¡La libertad! ...¿La desees?*

Sí, aunque la ruptura de una pareja puede parecer en un principio algo desgraciado, las más de las veces es una liberación. Es una forma de recuperar tú yo nuevamente, sentir que las ataduras se rompen, que la libertad vuelve a ti. Ya no tienes que reprimir tus deseos o ajustarlos para que sean compatibles con los de tu pareja. Vuelves a ser tu mismo y buscar, siempre la búsqueda permanente, tu propia meta, tu propia forma de vivir y, por supuesto, buscar a esa persona especial que realmente esté exactamente en tu misma onda de búsqueda y disfrute de la vida, esa llamada media naranja que en algún sitio tiene que estar. Porque la vida no es otra cosa sino que una continua búsqueda de un sueño, del sueño de la felicidad, del sentirte bien.

Pero al tiempo que todo esto ocurría él triunfaba en el mundo de la empresa y los negocios, lo que le permitía viajar y conocer gente y hacer que su trabajo le llenara profesionalmente. Lidar en este mundo de los negocios es algo así como representar diferentes roles en teatro pues, según en que posición estuvieras, ya como cliente, ya como proveedor, ya como jefe, ya como empleado, uno tenía que usar sus mejores dotes para convencer al contrario o contrincante. Es un mundo curioso dónde te encuentras con bastantes presiones colaterales: de tus iguales por superarte y quedar ante el jefe como los mejores, de los clientes por conseguir un dilatamiento en los pagos o en el precio, de los proveedores para que les pagues bien y pronto, de los bancos, de tus jefes, etc. También las relaciones con tus subordinados son complicadas. Unos porque exigen, otros porque se rebelan, racanean; otros por exceso de celo, al menos aparente, de peloteo, etc. Y también está la confusión en la relación. Si eres hombre, siempre hay una tentadora secretaria que, o bien se te ofrece o bien tú persigues. Con los mejores fines ¡claro! O sea, de ir a la cama. Y por supuesto si eres mujer, pues tres cuartas de lo mismo. O acosas o te acosan. Bien es cierto que lo que digo no se puede interpretar como una regla general. Pero, sin lugar a dudas, hay muchos casos y esto no tiene nada que ver tanto con el machismo / feminismo del que tanto se habla, sino que tiene que ver más con que ambos, ellos y ellas, pasan más tiempo juntos en el trabajo que el que pasan con sus respectivas parejas o familias. Y el roce, hace el resto. El roce y que

nuestra no tan singular particularidad como animales polígamos que somos, nos lleva a ello.

En fin, que algún que otro sobresalto tuvo en sus relaciones con algunas compañeras. Uno, por ejemplo, le ocurrió en una visita a unos pisos que su empresa vendía en una ciudad de la costa. La vendedora “in situ” le esperaba en la oficina de información que era una de los pisos pero como ya era la hora de almorzar, comieron en un restaurante cercano y ella le ofreció descansar en su casa. Obviamente los dos necesitaban ese “descanso” en la cama y en ello estaban cuando se oyó la cerradura de la puerta.

**Pero ¿No habías dicho que tu marido no volvía hasta dentro de tres días?
Eso es lo que dijo. Se iba a un viaje de negocios y tenía que recorrer varias ciudades. ¿Qué coño se le habrá perdido a ése estúpido ahora aquí? Rápido ¡vístete!**

Ella saltó de la cama y se puso un albornoz y se fue a mojarse a la ducha. Y él, sin tiempo para reaccionar logró meterse el pantalón y quedarse tumbado en la cama. Ella explicaría al marido que es que había llegado cansado y le había ofrecido su cama.

¿La de matrimonio? Preguntó extrañado él.
Es que el otro cuarto está lleno de trastos, respondió ella.

Será cosa de los cuernos. El caso es que en el viaje de vuelta en tren y por la noche, venía bastante cansado ¡esta vez sí! de todo el ajetreo del trabajo y el viaje. Y se sentó en su sitio en el compartimiento dónde otros dos hombres y una mujer viajaban. El se recostó y algo pudo dormir a pesar del soniquete del tren y de los dos hombres que no paraban de hablar. Pero a medio camino, los dos hombres se despidieron en una estación intermedia y quedaron solos, él y ella. Ella a la que antes ni siquiera había echado una mirada atenta, resultó ser una guapa rubia, joven y con un cuerpo estupendo.

Parece que nos quedamos solos.
Mejor, dijo ella, así podemos estirar los asientos e ir más cómodos, si no te importa.
Por mí, encantado ya que estoy bastante cansado.

Pero lo que son las cosas, nada más tumbarse al lado de ella se le quitaron todos los males: El sueño y el cansancio desaparecieron como por arte de magia. Y como él era como era y ella parecía... ¡pero qué carajo!, en la vida hay que ser osado. Así es que le echó el brazo por debajo de su cabeza, colocándoselo en forma de almohada, a lo que ella respondió recostándose cariñosamente. Lo que ocurrió después es lo lógico entre un hombre y una mujer en posición yacente. Ciertamente después descansaron y durmieron como troncos. A la mañana siguiente, al llegar el tren a su estación de destino, él le dice, pues hasta entonces apenas se habían cruzado aquellas primeras palabras y más tarde, algunos gemidos, le dice:

¿Qué te parece si desayunamos en la cafetería de la estación y, bueno, hablamos un poco?
Lo siento, pero no puedo. Me espera mi novio.
¡Ah!, dijo él, que es lo único sensato que se le ocurrió. Bueno pues... hasta la vista.

Lo dicho. Debe ser cosa de los cuernos, pues el tema no queda nada claro. ¿O sí?

Pero hablábamos del mundo de la empresa, los negocios y sus complicaciones. Una más es que, en cualquiera de los casos, resulta casi siempre más difícil mandar que obedecer. A él, sin embargo, le costaba más obedecer, sobre todo si eran órdenes sin sentido como muchas veces ocurre en el mundo de la empresa, que dirigir o mandar sobre otras personas. Quizá tenía espíritu de líder. O quizá no servía para acatar sin más, sin una razón o un por qué.

Así es que al cumplir los treinta y seis años rompió ataduras con su trabajo y se dispuso a montar su propia empresa y negocios. Se convenció de que tenía que poner en práctica sus conocimientos y capacidad liderando sus propios proyectos y logró convertir en éxito profesional sus apuestas en el terreno inmobiliario y de servicios, lo que le permitió vivir cómodamente dirigiendo sus negocios y viajando y viviendo la vida pues, según su filosofía, lo correcto es *trabajar sólo lo justo para vivir* y no al revés. La riqueza material a él no le aportaba nada o no le importaba nada. Le aportaba sólo en tanto en cuanto le permitía viajar, conocer, aprender, etc., pero no como un valor en sí misma.

Durante unos años tuvo la oportunidad de trabajar en aquello que él creaba, dándole la forma y evolucionar en la forma y fondo que él pretendía. Y tuvo bastantes aciertos. Y así es como llegó a su estado actual, con algunos negocios de hostelería, una cafetería, restaurante y pub y una tienda de artesanía, que le permiten mantener un buen nivel de vida, viajar cuando le place y, sobre todo, trabajar solo lo necesario para vivir. El no pretende que sus negocios crezcan ni establecer más sucursales o nuevos negocios. Le basta y le sobra con lo que tiene para vivir sin lujos, pero dignamente. No quiere una larga nómina de empleados. Ya es bastante quebradero de cabeza con una plantilla de una docena de personas. Eso sí, casi toda la gestión la lleva una gestoría. El sabe que si lo llevara directamente ganaría mucho más. Pero es suficiente con lo que tiene, así que no se preocupa porque vayan mejor o peor sus negocios. La vida es para vivirla, no para martirizarte día a día tratando de exprimir al máximo la rentabilidad de un negocio.

Y así es como llegó a estos días de descanso en Capri, en su hotel de toda la vida, en aquel que le dio siempre tan buenas vibraciones y que, al parecer, estas tenían fundamento.

Riing, riiing, riing, sonó el despertador.

Las ocho menos cuarto. Se dirigió al cuarto de baño dispuesto a prepararse para el gran momento. ¿Cómo habría pasado ella la noche? Porque lo que era él, su cabeza aquella noche había dado mil vueltas a toda su vida.

La cita.

Después del aseo y un café con leche y tostada con mermelada, se fue temeroso a su encuentro.

Ella había hecho algo parecido: un café con leche y un croissant que quedó a medias en el plato. No tenía apetito y estaba un poco inquieta. Pero quería ser puntual.

Ella siguió su ruta, desde su hotel. El, la suya, pues el lugar de la cita estaba a media camino entre ambos hoteles. El trayecto, cada uno por su lado fue muy parecido. Ambos miraban hacia atrás, como si alguien pudiera estar observándoles o adivinaran sus intenciones y ellos, cual críos quinceañeros, estaban temerosos de que descubrieran su encuentro. Se fueron aproximando al lugar elegido y, ¿cosas del destino?, llegaron al mismo tiempo. Desde lejos, se vieron el uno al otro aproximarse al lugar, miradas fijas en los movimientos del otro, sonrisa temblorosa, las manos sudorosas a pesar del frescor de la mañana, un apenas visible sonrojo en sus mejillas, en fin, cual dos quinceañeros.

¡Hola!

¡Hola! Buenos días... No sé por dónde empezar así qué... bueno, ¿Cómo te llamas?

Alicia ¿Y tú?

¡Hola Alicia, buenos días! ¿Cómo estás?

Bien. ¿Y tú, te preguntaba...?

Bien, bien. ¡Ah! Y... Me llamo Alejandro, Alex para los amigos.

¡Hola Alejandro! Bueno, yo prefiero Alex si me permites.

Por favor. Bueno, ¿qué hacemos?

Pues... no sé.

¿Quieres que demos un paseo hasta la parte más alta? Te aseguro que es muy bonito.

Vale, como quieras.

Tanto tiempo buscándose y ahora parecía como si no encontraran palabras para lo que tenían que decirse. Les estaba costando mucho romper el hielo. En realidad no era eso, pues no había nada de hielo entre los dos. Sus palabras, sus gestos, eran todo calor y cariño aunque tímidamente transmitido. De hecho, en el saludo inicial se tocaron las manos con timidez, como una caricia que nacía sin su consentimiento.

Alicia, yo soy un hombre al que le gusta decir las cosas...

No sigas, Alex. Antes de que sigas he de decirte que estoy casada y mi matrimonio es, digamos, normal. Mi marido es un hombre estupendo y es con él y unos amigos con los que he venido aquí. No sé que me impulsó a aceptar tu cita, aunque no veo que haya nada malo en hablar contigo, pero no quiero que interpretes algo que no está en mí...

Alicia, perdona que te corte, pero no tienes que justificarte para nada. Es lo que yo te quería decir. Me gusta decir las cosas con claridad, sin falsas hipocresías ni rodeos. Y lo que te quería decir es que tanto tú como yo estamos aquí porque algo nos ha impulsado a hacerlo. Yo no he podido dormir en toda la noche pensando en las veces que he soñado este momento, en encontrarme con...

¿Conmigo? ¿Tú soñabas en encontrarte conmigo?

Sí. Bueno no. Bueno quiero decir que sí. Desde que vine por primera vez hace ya muchos años al hotel donde me hospedo, tuve la sensación de que aquí

encontraría a esa persona que era mi destino. Y he vuelto montones de veces a buscarla, a buscarte...

Y yo he soñado también muchas veces con que me encontraría con..., bueno, con alguien como tú en un sitio igual al que nos conocimos: ese jardín, ese ambiente, ese aroma, esos ojos... También a mí algo me empujó a ese hotel, a entrar en él, a pesar de que nos alojamos en otro. ¿Tú crees en el destino?

No sé si creo o no, pero toda mi vida he soñado con que algún día algo de esto me sucedería. Mi vida, no te voy a engañar, ha estado llena de amistades íntimas pero nunca me he casado. Quizá porque no encontré a la mujer adecuada. En cualquier caso, para que no me tomes solo por un vanidoso don Juan, te diré que tengo tres hijos, bueno uno que ejerce como tal y otros dos que son solo de su madre, según dice ella, aunque esa es otra historia. Pero es como si yo tuviera tres. Y nietos ya, o sea que intentarlo sí que lo he intentado. Quizá al igual que tú.

Yo todavía no soy abuela. Mis hijas parece que se lo toman sin prisas. Y tú ¿cuántos nietos?

Nietas. Solo dos: María y Ana. Mis dos hijos se han casado, David y Sergio, pero la chica, Áurea, parece que va a seguir el camino de su padre. Dice que mejor sola que mal acompañada. En fin.

Y tú, ¿tú crees que este...?

Alicia, escúchame, escúchate a ti misma, a tu corazón y por favor, contéstame sinceramente. Se que sabemos poco el uno del otro, que necesitaremos tiempo para saber que ha pasado en nuestras respectivas vidas, quien es nuestra familia pero, dime ¿No sientes tú algo que te dice que estás en el momento y en el lugar adecuado y con la persona que te estaba reservada? Dime ¿No sientes eso, al igual que yo?

No sé, Alex, no me presiones porque mi cabeza va a estallar. Cada palabra tuya parece que es la que yo estaba esperando, la que tenía idealizada que me dirías, y no ya tanto en tus palabras sino en tu forma de mirarme, de sentirme, de sentirte. ¡Dios mío! Pero estoy casada Alex. Y tengo unas hijas. Y yo... no sé.

El la atrajo hacia sí y los dos cayeron en un cálido beso y así siguieron abrazados largo tiempo.

Sí se, Alex, si sé que te he estado buscando y esperando siempre. Y también sé que es así como yo soñaba que te encontraría. Por eso anoche solo pude responder afirmativamente a la cita, porque era mi yo interior el que hablaba, el que te sentía y el que hacía por mí de manera inconsciente. Pero no tengo seguridad, no sé si nos hemos encontrado demasiado tarde.

No digas eso, mi amor, no por favor. No somos dueños del tiempo pero sí del destino. Y el destino así lo ha querido. Nunca es demasiado tarde. Un momento en la vida de una persona puede ser más importante que el resto de toda su aburrida vida. ¿Por qué no puede ser este momento y los que vengan nuestro tiempo real de vida? ¿Por qué no puede ser cierto que aquí y ahora comienza nuestro tiempo?

Quisiera creerlo pero... no sé, no sé. O sí. Sí, puede que tengas razón. Yo siempre dije que un amor se deja por otro mejor. Y yo ya he escogido. Sé que eres tú. Y si no eres, si por alguna razón remota que no veo no eres tú, pues...no sé, no me importa equivocarme si tuviera que equivocarme. Pero he de intentarlo. Nunca es demasiado tarde, como tú dices.

Sí, mi amor. Mañana, hoy mismo comienza nuestra nueva vida. No me digas que no.

No te lo diré. Quiero tanto como tú ver ese comienzo, que ya está aquí.

Siguieron hablando y hablando de sus cosas, de su vida, de sus sueños, de su familia y de todo lo que les rodeaba y cada vez se sentían más seguros de que estaban hechos el uno para el otro, de que eran ellos mismos, los que se habían estado buscando y esperando tanto tiempo. Se hablaron de sus sueños infantiles, juveniles, de sus poesías, cartas, etc. y todo encajaba a la perfección, todo coincidía en los términos que lo había soñado.

La mañana se fue volando y se decidieron a regresar a sus respectivos hoteles. Su marido y amigos estarían preocupados y no era momento de levantar sospechas. No quería tener el último día que andar dando explicaciones o excusas que no entenderían, ni ella misma tenía ganas de intentar.

Así que volvió para la hora del almuerzo, diciendo que había estado viendo unos paisajes maravillosos y que no pudo resistir la tentación de visitar aquellos sitios. Sus amigas le emplazaron a volver con los demás y ello dijo que, quizá mañana.

Antes de despedirse él le dijo:

Escucha. Mañana te espero en el mirador de la Roca ¿Lo conoces? Allí estaré con un coche que nos bajará al puerto y tomaremos el ferry de las 10.30. Te espero a las nueve y media ¿Te parece? Lleva el bolso o la maleta o nada, lo que quieras, y desde allí volvemos a mi casa. Unos días para comunicarte con tu marido, con tu familia, aclarar las cosas e... iniciaremos un viaje que nos reconcilie con nosotros mismos.

Sí, hagámoslo así. No puedo quedarme ni un día más aquí. Mañana a primera hora salimos.

Entonces ¿Nos vemos en el mirador de la roca? ¿A las nueve y media?

¡Allí estaré!

¿Estás decidida? ¿No te arrepentirás?

Estoy segura de que no, estoy segura de que este es el momento que siempre he estado soñando. Además, después de conocerte a ti ya nada puede ser igual. Así que estoy decidida a dar ese gran paso: dejaré atrás esta etapa en mi vida e invertiré en la que me espera en el futuro.

Gracias cariño. No te arrepentirás. No nos arrepentiremos. Seremos felices.

La larga espera y por fin...

Alicia pasó la tarde como sonámbula. La comida con sus amigos y marido transcurrió demasiado lentamente para lo que ella hubiera deseado entre las risas y las bromas de los comensales que le estaban resultando un martirio. Cuando tomaron los cafés y últimas copas era ya casi media tarde así que las parejas decidieron ir a descansar un rato a sus respectivas habitaciones para poder estar frescos para la diversión nocturna. Cuando Alicia llegó a la habitación con su marido se excusó en que tenía que recoger un encargo. Como ella suponía, su marido se fue directamente a la cama a echarse una siesta sin siquiera ofrecerse para acompañarla. Era lo que quería. Ella no deseaba estar con él en la cama, pues se sentía mal, y además quería evitar que pudiera sospechar algo. Salió del hotel y se dirigió hacia la playa. Quería dar un paseo.

De forma consciente empezó a enlazar sus sueños del pasado con el momento presente. Quería cerciorarse de que lo que estaba ocurriendo era, por así decirlo, algo que ya estaba escrito que no era fruto del azar.

Recordó como con absoluta frialdad intentó quedarse embarazada de Javier, aquel chico peninsular que le hizo albergar esperanzas de que fuera el elegido. Ahora le parecía una locura pero, ciertamente lo intentó. Ocurrió cierto día en el que él la llevo a un recorrido turístico por la isla. Ella estaba maravillada de lo bonita que era su isla aunque estando con Javier todo le parecía maravilloso. En una apartada y arbolada zona, propia para los amantes, en el camino de vuelta a casa y a eso del atardecer, él le propuso hacer el amor dentro del coche en el que estaban aparcados y cuando ya la sangre les hervía a los dos. Cuando él quiso ponerse el preservativo ella le dijo que no, que le daba asco hacerlo así. No era cierto pero... El decía que no, que podía quedarse embarazada pues no estaba seguro de la marcha atrás. Justo eso es lo que ella quería pues se había propuesto que una vez dentro de ella no le dejaría salir hasta que su semilla engendrara el retoño que les uniera de forma definitiva. Así que empezaron en que ella que sí, el que no, ella que sí, que siguiera así hasta que... él se fue completamente pero sin haberla penetrado y con el preservativo puesto. Ahora le daba vergüenza recordarlo y, desde luego se decía, esto de ahora no es igual. Yo me he citado con él y me voy con él pero no lo hago por cazarle: Lo hago por que creo en ello. Es lo que quiero hacer y lo haré, sin trampas, con entrega.

Al pensar esto, le vino a la memoria otra ocasión en la que quiso ir a buscar a su Javier allá a la península, a su casa. Ella se había hecho a la idea cuando él la dejó, en que volvería a los pocos meses, tres o cuatro como mucho, sino a recogerla y llevársela con él al menos para verse y mantener viva la relación. Pero el tiempo pasaba y él siempre con las mismas excusas: “Ahora no es el momento...”, “espera un tiempo a que las cosas me vayan mejor...”, “ya queda menos...”, etc. Así que decidió darle la sorpresa. Reunió todos los ahorrillos que tenía, los justos para el precio del billete y los gastos que podría tener hasta llegar a su casa, acordó con su jefe unos días a cuenta de vacaciones, etc. y cuando ya lo tenía todo listo para efectuar las reservas y demás se vino abajo. Pensó ¿Y si cuando llegue me lo encuentro con que tiene otra novia o simplemente le molesta que yo haya decidido ir a verlo sin contar para nada con él? No, no lo puedo hacer. Podría estropear la relación, matar la esperanza, caer en la desilusión. Y mientras las cosas vayan bien hay que mantenerlas.

La de cosas que guarda uno en la memoria y que solo afluyen en ocasiones especiales. Recordó que, en otra ocasión y en un guateque con amigos, algunos de estos amigos la encerraron en el servicio con el chico del que todas estaban loquitas. Se supone que sus amigas pretendían que ella allí, a solas con el guaperas, tomara la iniciativa y lo hicieran pues es lo que ellas decían que harían si tuvieran la ocasión.

Aunque del dicho al hecho... El chico se deshacía en atenciones y propuestas hacia ella, consciente y orgulloso de sus encantos, pero ella no encontró en el chico nada que le hiciera ni sonrojarse ni mucho menos excitarse. No era su tipo y no quería darse un gustazo con el guapo de la pandilla por el solo hecho de serlo. Por eso se decía que ella era lo suficientemente fuerte para resistir las tentaciones y, comparado con Alex, ella se entregaba sin que hubiera otra tentación que la de hacerle y ser feliz con él.

La tarde se fue rápida, entregada como estaba a sus recuerdos. Y todo lo que le venía a la memoria no hacía sino confirmar que nunca había sentido lo que en estos momentos estaba sintiendo. Ese nudo en el estómago que la indicaba que la situación era de una “triste felicidad”, la felicidad por lo que se avecinaba de futuro y la tristeza de que hubiera tenido que ocurrir así y ahora. Pero las cosas son como son y no podemos cambiarlas, solo amoldarnos a la realidad que nos es ofrecida. Así que para ella pesaba más el lado feliz que el triste pues sabía que el día había llegado, la hora H de su vida estaba próxima.

Alex tomó una frugal comida en una cafetería y pasó toda la tarde paseando. Necesitaba caminar pues para él era una forma de sosegarse, de eliminar tensiones e, incluso, de poner en orden sus ideas. Recorrió parajes insólitos y aunque él apenas se fijaba en lo que le rodeaba por primera vez era consciente de la belleza del entorno. Pero su mente estaba volcada en tratar de pasar de los sueños a la realidad, es decir, trataba de ordenar las cosas para aclararse él mismo cómo, porqué y precisamente ahora estaba a punto de unirse a la mujer esperada, él que había tenido tantas otras entre sus íntimas amistades. ¿Por qué y ahora ocurría lo tan largamente esperado? ¿Por qué ella y no alguna de las que le precedieron? ¿Estaba seguro de que era ella?

Por su mente pasaron algunas situaciones que ahora en la distancia le parecían ser una auténtica canallada. Por ejemplo la apuesta que hizo con uno de sus amigos en el sentido de que el primero que lograra tener tres novias al mismo tiempo ganaría la apuesta. Se daría ganador a aquel que las citara un día determinado y a la misma hora a las tres en el mismo sitio para, presentarlas entre sí como novias de él mismo. Claro que esto quedaría certificado con las fotos que tomaría el otro amigo desde una posición cercana y no perturbadora. Obviamente las fotos más importantes serían las de las bofetadas que con casi toda seguridad recibiría el infortunado y malvado novio. Pero ellos disfrutaron de la apuesta y aunque no fue posible el espectáculo final pues ellas lo descubrieron antes, sí que consiguieron cada uno sus tres novias. Se quedaron solos, eso sí. Pero sin un sentimiento de culpabilidad o de ser un canalla. Obviamente, no había un lazo fuerte de cariño que les uniera a las infortunadas.

Otra historia que pasó por su mente fue el de una, aparentemente amiga de muchos, y que al parecer estaba loquita por él aunque él no le hacía mucho caso. No le interesaba la chica así que procuraba no comprometerse demasiado. Pero viendo la insistencia empalagosa de ella le prodigó algunas amorosas proposiciones hasta que le propuso hacer el amor. Lo harían en la casa de un amigo que no estaba habitada por entonces. Ella aceptó, cosa que a él le pareció normal pues la suponía versada en amores. Pero se llevó un gran susto y un gran chasco. Cuando se pusieron a hacer el amor descubrió que ella era virgen. La verdad es que estuvo a punto de echarse atrás y dejarlo, pues no era eso lo que él esperaba. Pero ya metido en los ardores sexuales continuó consumando el acto con el accidente añadido de que se rompió el preservativo por la dificultad de penetrar a una virgen y para más inri, lo hizo dentro. Y aún le quedaba la mayor y gran sorpresa. En el camino de vuelta, cuando él la llevó a su casa, hablaron

algo importante, bueno, el más bien escuchó, pues desde el acto sexual apenas fue capaz de articular palabra. Ella al despedirse le dijo: “Quiero que sepas que me he acostado contigo para demostrarte que te quiero, aunque sé que tú no me quieres a mí. Así que, ahora que ya lo sabes, no quiero saber nada más de ti ni aunque me haya quedado embarazada. Adiós”. Le dejó helado y nunca se repuso de semejante humillación en relación con ella. Y aunque afortunadamente no hubo embarazo, la lección que le dio fue tan importante en su vida que quizá le sirvió para desde entonces tener el máximo respeto para sus semejantes féminas, independientemente de sus relación con ellas.

Había muchas anécdotas como éstas que formaban sus recuerdos. Por ejemplo cierto día en el que dos de sus mejores amigas le propusieron, al mismo tiempo, que querían ser sus novias. Pero las dos, decían, ya que habían hablado entre ellas y como a las dos le gustaba pues ellas querían compartirlo. Él las mandó a hacer gárgaras diciendo que no estaba dispuesto a perder a dos amigas por tener dos novias. Y siguieron siendo tan amigos. Ocurrió una tarde de paseo cuando iban caminando los tres para ir a un concierto de música y fue más o menos así.

Alex, queremos decirte una cosa.

¿Una solo? Pues sí que estáis cortitas hoy de historias.

Pero es que ésta vale por muchas.

Pues adelante. No me hagáis esperar más tan ilusionante historia.

Queremos decirte que te queremos. Las dos. Que estamos enamoradas de ti, vaya. Y como somos amigas y no queremos ninguna renunciar a ti lo hemos hablado y hemos decidido que si tú también nos quieres, como creemos, pues que seas nuestro novio, pero de las dos.

Esto... ¿Estáis fumadas o qué? O lo decís...

Te estamos hablando completamente en serio. Lo hemos pensado y decidido de forma muy meditada. ¿Por qué no puede haber una relación entre tres? ¿Acaso no hay sociedades así en África, por ejemplo, y en otros sitios? También en Europa, en algunos países existen familias así.

La verdad es que no se que decir. Sí se que hay grupos formados de la forma más variada pero ¿vosotras lo habéis pensado bien?

¡Claro que sí! Todo es cuestión de que lo hablemos y nos pongamos de acuerdo. ¿Un día con una y otro con otra, por ejemplo? Bueno y a muchos sitios los tres, como hoy.

Yo no creo que eso pueda funcionar. Habría enfados entre vosotras y yo, o entre los tres o, no sé, no veo que pueda funcionar. Y lo que es yo, mis queridas amigas, no quiero perderos a ninguna de las dos. Os quiero a las dos, sí, pero no para ser novios o compartir mi vida futura con alguna de las dos o con las dos, pues para eso todavía no estoy preparado ni sé donde estará mi pareja si es que la encuentro algún día. Así que, seamos amigos ¿vale?

Sí, seguiremos siendo amigos pero tú, piénsalo. Porque nosotras si queremos que sea así, que seas nuestro novio. Pero si no quieres, en fin, respetaremos tus deseos. Pero, piénsalo, ¿vale?

Pues sí que me vais a hacer pensar, sí. Pero amigos y con calma ¿vale?

Otro recuerdo acudió a su mente. Fue en los tiempos en que salía con Conchi, su primera aventura más seria, y un día armó una gorda. Estaban sentados en la terraza de un baile en las fiestas del pueblo ellos dos y otra pareja de amigos, cuando su otro amigo y él vieron aparecer a unas jovencitas de otro pueblo con las que habían estado

ellos de ligue en otra ocasión. Se excusaron en que iban a por más bebida para ir directamente en busca de las otras dos. Las otras, encantadas, empezaron a bailar con ellos y así estuvieron largo tiempo mientras sus “respectivas” se habían quedado plantadas. De ahí a las lágrimas todo fue uno. Ellas lloraron, su fueron, volvieron y ellos, cuando ya las otras dos se hubieron marchado volvieron pidiendo excusas por la faenita que les habían hecho. Terminaron la noche bailando pero no con su pareja, sino con la del otro, para tratar de reconciliarse los unos a los otros. En fin, que se aguaron las fiestas.

Todo esto él entendía que ocurría porque en realidad ninguna de esas mujeres era su alma gemela, su verdadero amor o lo que esto signifique de ahí la frivolidad que daba a sus relaciones. Nunca había sentido el gusanillo ése que dicen que se siente en el estómago cuando una chica te hace tilín de verdad.

La hora H, la de la verdad

Tal como habían quedado, a las nueve de la mañana ya estaba Alejandro esperando la llegada de Alicia. Tenía un coche esperando para llevarlos después al embarcadero desde donde partirían a Nápoles. De allí volarían al paraíso.

Ella había decidido irse con lo puesto pues no podía sacar su maleta sin que su marido sospechara. Y estaba decidida, volvería con él, mejor dicho, se iría con él, su amor largamente buscado allá donde él quisiera llevarla. Pero... también sentía una extraña desazón por su marido, tantos años de cariñosa convivencia, de cuidados mutuos. Se levantó temprano diciendo que le apetecía dar un paseo con el frescor de la mañana. Miró el reloj. Ya eran las nueve menos cuarto. Tenía tiempo de sobra. Él, su marido, se quedó en la cama pues la noche anterior habían trasnochado bastante y aunque ella no pudo conciliar el sueño en toda la noche, estaba fresca.

Salió de la alcoba, revisando su bolso con sigilo, sus pequeñas cosas que se llevaba como fin a una larga caminata por la vida con ese hombre que yacía ajeno a todo. No se atrevió a decírselo. Le llamaría más tarde por teléfono diciendo que volvía a casa sola, bueno no, le diría que había conocido a alguien y que ya le explicaría o, quizá sería mejor dejarle una nota en la recepción del hotel. Quizá, un poco de todo.

Dejó atrás el hotel y no había caminado más de cien metros cuando algo se le pasó por la mente. Volvió a su habitación.

Su marido adormilado dijo: **¿Todavía no has salido?**

Ella. **No, no. Esto..., si no regreso a tiempo del desayuno no te olvides la pastilla que tienes que tomar, que no es bueno que te suba el ácido úrico estando de viaje.**

Un **¡vale!** Apagado es todo lo que él dijo dándose una vuelta en la cama y siguiendo envuelto en sueños, pero de los de dormir.

Ella lo miró y salió nuevamente de la alcoba. Se dirigió hacia el lugar de su cita pero, sin saber porqué este volver, revisar, dudar, hacía que las agujas del reloj corrieran más deprisa que la que ella se daba por ir al encuentro de él, su enamorado.

Me esperará, se dijo. ¿Qué más da media hora más o menos en iniciar lo tantos años esperado?

Y salió paseando pero no en dirección recta hacia el mirador de la roca. Iba pensando, hablándose a sí misma, tomando conciencia de lo que estaba haciendo pues cuando estaba con él todo lo tenía claro pero ahora, en frío, quería estar segura de lo que hacía. *A mi edad, se decía, no debo dar un mal paso.*

El, sin embargo esperaba desde las nueve. El tiempo corría muy despacio y su corazón se aceleraba según el reloj se acercaba a las nueve y media. Pero dieron las nueve y media. Bueno, las mujeres ya se sabe, siempre se retrasan un poco. Pasaron cinco minutos y nada. Y otros cinco y otros cinco y otros cinco... Poco a poco él fue perdiendo las esperanzas de verla llegar. *¿Quizá ella tenga razón?, se dijo. ¿Quizá es demasiado tarde para nosotros? ¿Por qué no nos conocimos a tiempo? ¿Qué sinrazones tiene el destino, si es que en realidad estábamos destinados el uno al otro?*

Se quedó largo tiempo mirando el horizonte, el vacío, la nada. El mar estaba en calma y a lo lejos vio uno y otro barco que partía de la isla rumbo a Nápoles. Ellos deberían ir en uno de ellos. Volvió a mirar el reloj. Ya eran las doce y cuarto. Lentamente volvió sus pasos al coche que tenía preparado. El próximo barco partiría a la una y media. Y él se iría en él. Solo. A no ser que ella, en el último minuto...

Ella llegó al mirador casi a la una del mediodía. Es verdad que llegó con un cierto miedo y en dos direcciones: miedo de encontrarle allí pero también miedo a que no estuviera esperándola. Cuando atisbó el mirador había un hombre de espaldas mirando el mar. Le dio un vuelco el corazón. Pero..., no, enseguida vio que aquella figura no era la de su Alejandro. Él tenía..., no sé, otro porte. El hombre se dio la vuelta entonces y dejó el apoyo del mirador dirigiendo sus pasos hacia atrás, por el sendero en el que se llegaba al mirador. Al cruzarse con ella la saludó con una ligera inclinación de cabeza y una mirada curiosa. Ella llegó hasta el apoyo del mirador para dejar caer todo su peso, y no sólo el físico, sobre el mismo. Una lágrima corrió por sus mejillas. Su mirada perdida en el vacío, su mente en blanco, su cuerpo abandonado en la dura madera y roca del mirador. Así permaneció largo tiempo. Al incorporarse de nuevo un extraño mareo la invadió tambaleándose y cegándola por momentos al tiempo que por su mente pasaban imágenes de su cuerpo cayendo al vacío del acantilado de una forma suave y extrañamente agradable. Fueron unos breves instantes. Una vez recuperada de ese momento, sintió un escalofrío terrible, pánico y horror al mismo tiempo porque su mente le jugara tan extrañas sensaciones. Pero *¿Qué demonios tendrían los sueños que le hacen a uno tener tan extraños comportamientos y a perseguir irrealidades o imposibles? ¿Porqué demonios no podemos contentarnos con la realidad?*

Poco a poco se fue recuperando y, lentamente, volvió sus pasos hacia atrás *¿Hacia atrás? No, no puede ser. No puedo volver al hotel, no puedo volver al lado de mi marido, no es posible para mí ya ese tipo de vida. He de iniciar una nueva. Y esta vez, sin sueños a ser posible. ¿Podré cambiar el billete de vuelta? Sí, eso es. Volveré a casa, recogeré mis cosas y me iré a la casita que heredé de mis padres, allá en el pueblo. Después, ya veremos. Tal vez venda la casa y busque un sitio diferente donde pueda encontrarme a mi misma.*

El mantuvo su mirada a pie de barco, en los pasajeros que llegaban. Pero ella no apareció. Después en el aeropuerto hizo lo mismo. Hasta el último segundo esperó a embarcar por si ella había decidido acompañarle. Pero no, no llegó. Tomó el avión sin ganas, pero con una decisión clara. Volvería y pondría sus negocios en manos de gente de confianza y se marcharía a otro lugar. Iniciaría una nueva y solitaria andadura. Quizá

eso es lo que el destino ha querido transmitirle: La búsqueda ha terminado. Vive, como si fuera el último día, pero en paz contigo mismo y los demás.

Quizá ella tenga razón y nos hemos conocido demasiado tarde. O quizá es que no éramos, no somos el uno para el otro. No sé, pero...sí, en cualquier caso, parece que la búsqueda ha terminado. Tanto tiempo buscando, escribiendo a alguien a que venga a salvarnos para tener que reconocer que solo podemos salvarnos nosotros mismos, de nosotros mismos. Quizá la búsqueda permanente de la felicidad, ése ¿dónde está, donde estará?, no tenga sentido. Quizá lo más sensato es vivir con realismo lo que en cada momento y tiempo nos reserva, sin pretender ese máximo siempre, ese nivel inalcanzable para ser feliz; quizá hay que contentarse con vivir, sólo con vivir y dejar que los acontecimientos que tengan que llegar, lleguen sin que eso nos altere más de lo necesario.

Pero... ¿Podré verla algún día? Me gustaría, sí. Y quizá podamos vernos nuevamente ahora que nos hemos encontrado. Como amigos, como almas gemelas que siguen su búsqueda, como enamorados o como lo que sea. Sí, dejemos que las cosas sigan su curso y, tal vez, pronto podamos encontrarnos y hablar como lo que somos: dos amigos que se conocen desde siempre aunque nunca habían coincidido hasta ahora.

Ella regresó al hotel y comprobando antes que su marido no estaba en la habitación, subió y recogió sus cosas y se dirigió al puerto. De allí a Nápoles y al aeropuerto. No importaba dónde, partiría en el primer vuelo. Y después... ya veremos. Ya en el aeropuerto le sobrevino nuevamente la angustia. ¿Y si él estaba todavía esperándola? ¿Y si el destino les hubiera jugado esta mala pasada, de decepcionarles para hacerles encontrarse de nuevo? Miró recelosa por todas partes. Quería, por un lado encontrarle allí. Por otro, seguir sola su destino. Pero...él ya había salido. Tan solo una hora antes. Después de tanto tiempo sólo les separó una hora de diferencia en el tiempo. En fin. Su cara reflejaba una triste felicidad cuando tomó el avión. Era el inicio de su destino, el que la realidad le tenía reservado y ella no había sabido ver antes.

Quizá es mejor así. Y quizá pueda verle algún día, hablar, conocer más sobre lo que hemos hecho el uno y el otro además de buscarnos desde siempre. Nos hemos encontrado y eso es ya importante. Sí, es un poco tarde y son muchas las cosas que habría que cambiar, habría que dejar todo atrás y empezar de nuevo. Y eso no es posible. Nuestro pasado nos pertenece tanto como nuestro presente. Y el futuro no está escrito y si lo está, es desconocido. Así que dejemos que corra el tiempo y ahora que sabemos como encontrarnos, seguro que seguiremos estando en comunicación. Pero desde nuestra propia historia, historia que podremos compartir los dos como lo que creo que somos: dos seres cortados por la misma tijera, hemos con los mismos elementos químicos y, por tanto, muy próximos entre sí. Pero cada uno tiene su vida y desde ahí hemos de construir lo que venga, sin romper con el pasado ni soñar idílicamente con el futuro. Seamos realistas y vivamos.

Sí, ahora sabía que tenía que vivir lo que en cada momento le ofrecía la vida, sin estar siempre pensando en que habría algo mejor reservado para ella y que tenía que esperar. ¡Pues claro que podía haber algo mejor! pero, mientras llegaba, había que vivir la realidad presente y vivirla con intensidad. El tiempo presente es el nuestro, el que podemos administrar, no el futuro y, casi, ni siquiera el pasado. De ahí aquella sabia sentencia:

“Vive y sé feliz, que la muerte llega sola”

Pues eso. A vivir.